

- SANTUARIO -
DE EXTRAVAGANCIAS

NOVELA
POR
R. Arturo
Despouey



Prólogo de Eduardo Ferreira

R. Arturo Despouey

SANTUARIO DE EXTRAVAGANCIAS

PORTADA

CUANDO René Arturo Despouey, a poco de terminar la novela que hoy lanza a los vientos encontrados de la publicidad, en un afán legítimo de enfrentarse con el público y arrancarle a fuerza de talento sus simpatías y su aplauso —anhelo supremo de todo artista— me pidió una página para colocarla en la antesala de su libro a manera de prólogo, le prometí, complacido, satisfacer su deseo, en mérito al recuerdo que guardaba de su actuación brillante en las clases liceales de literatura, y, especialmente, a su correcta actitud de estudiante siempre atento a las más ligeras insinuaciones del profesor, y siempre el primero en la lucha leal por las notas más altas en los ejercicios escritos y respuestas orales de reglamento. Y accedí de inmediato a la solicitud de mi ex-discípulo, a pesar de la resolución en contrario adoptada muchos años atrás, cuando mi modesta firma era a los libros lo que determinadas personas a los lances personales: el padrino obligado de preparar el duelo entre el autor y los lectores, —porque la simpatía que me inspirara durante el tiempo que frecuentó los cursos de castellano, en la que había no poco interés— provocado también por su figura esbelta, delgada, pálida sólo por el color de la piel, ya que el fuego de su alma se desparramaba copiosamente por los ojos expresivos y la palabra emocionada— ha ido en lógico aumento como consecuencia de la perseverancia con que ha continuado sus estudios y de la inclinación que hacia las letras —una de las más inofensivas debilidades de mi vida — reveló desde los bancos universitarios. Fruto de esa noble inclinación es la novela que ofrece a la curiosidad del lector, concebida y escrita con todo el entusiasmo de la juventud, cuando la existencia no ha podido aún abrir brecha alguna en el espíritu, y el optimismo, pese a las frases amargas que esmaltan las primeras páginas de todo escritor novel moderno, es la flor más perfumada del alma que las anima, y que asoma, traviesa y atropelladora, como queriendo triunfar sobre tendencias y actitudes extemporáneas, a lo largo de un estilo elegante, cuidado exageradamente, con resabios de lecturas excesivas y no siempre bien digeridas. Ensayo de un género que seduce a todo debutante, como lo es la narración novelesca, “Santuario de extravagancias” constituye la revelación, antes que la afirmación

definitiva, de un espíritu y un temperamento originales en formación, que sí todavía no sabe del mundo más que lo que ha observado a través de sus pocos años, insuficientes para acercarse al verdadero centro de la verdad y la belleza, descubre en muchos de sus rasgos condiciones apreciables para andar por él, en tiempo más o menos lejano, con paso seguro y mirada despierta, siempre atento a las menores sugerencias del ambiente que respira y siempre angustiado por el afán de penetrar hasta la entraña de muchos problemas que aparentemente carecen de solución. Porque a pesar de sus pocos años —que no le permiten, todavía, alardear de Hombre en toda la plenitud de sus deberes y derechos— hay en Despouey una serenidad de criterio poco común en la edad propicia para los jugueteos de imaginación, las aventuras fantásticas y los ideales extremados. Ya bastante melancólico, y a veces taciturno, con todas las peculiaridades de un organismo dado a las extravagancias románticas, era el joven escritor en las aulas, en medio al torbellino de los recreos como en la quietud de las clases, algo nervioso cuando de dar respuesta rápida a una pregunta se ofrecía, equilibrado y brillante cuando de confiar a la palabra escrita y al silencio meditativo la tarea de un ejercicio literario o de simple observación. La anhelada y casi siempre rebelde S de las notas clasificadoras señalaba todos los meses, como si fuera la divisa de su labor de estudiante, la elevación de su conducta, y le ganaba día a día mayores consideraciones de sus profesores y compañeros de estudio. No es extraño, pues, que de pronto sorprenda gratamente a los que le conocen con este primer retoño de su ingenio, deslumbrante en giros retóricos como un lienzo de puesta de sol, y generoso, imaginado y escrito con pródiga afluencia de ansias y deseos de expandirse, como las primeras sensaciones que el hombre exterioriza apenas se considera dueño del secreto de hacerlas tangibles por la palabra, el gesto, el color, el barro, o los balbuceos del niño que se afana por traducir en sonidos articulados los primeros estremecimientos de su alma en gestación.

¿Ha escogido Despouey la senda literaria a seguir en lo porvenir? ¿Acaricia ya un concepto definido de las letras, hoy víctimas de mil diferentes interpretaciones, no siempre claras y justas? La juventud es temeraria, y, por lo tanto, resuelta. Ni conoce el peligro ni teme al ridículo. Tiene, además la inconsciencia necesaria para las empresas más audaces y la generosidad y

lealtad que justifica y aún disculpa muchos errores, muchos tropiezos, que después de todo no perjudican más que a quienes los cometen. Si escribir es manifestarse, si escribir es reflejarse, Despouey anuncia con este primer tanteo una virtud singular y apreciable en alto grado: la sinceridad. Es sincero en su obra primeriza, como lo es en su vida recién abierta a las borrascas humanas, lo que nos da como resultado esa emoción íntima, comunicativa —que al decir de un escultor moderno de la prosa, “es cosa divina y maravillosa, que nos aturde con músicas arrebatadoras”— que nos empuja a ser condescendientes con quien tal sentimiento de simpatía despierta en nosotros. El solo esfuerzo de componer un buen libro es ya un mérito, doblemente encomiable en una época en que todos los valores han sufrido un vuelco absoluto, y en que no hay aspirante a escritor, a literato o a filósofo, que no haya venido al mundo con su volumen debajo del brazo, como los héroes de la antigua leyenda nacían fatalmente a orillas de un río, o en lo más apartado de un bosque, para que los dioses los recogieran y los ungieran con el óleo del valor, de la hermosura, del genio y de la inmortalidad. Si al avanzar en la lectura de este volumen, augural de otros mejores y más sólidos, salen a nuestro encuentro páginas que nos desconciertan y atrevimientos que nos sacuden involuntariamente, otras han de desfilarse en seguida que nos resarcirán con creces del contraste sufrido, por la sustancia que contienen, por la armonía del estilo que las enaltece, por el colorido de la narración que las decora, por el fuerte soplo de vida saludable con que refrescan nuestra mente y nuestra alma, y sobre todo, por aquella espontánea emoción de que antes hablaba, que, al desbordarse fuera del volumen, como río que encuentra estrechas sus riveras para correr libremente, se apodera de nuestro espíritu y lo hace más tolerante, más sensible a la comprensión y al amor...

EDUARDO FERREIRA.

FRIVOLIDAD

SINFONÍA de colores y de luces. “Hosanna” triunfal de babilónicas magnitudes. Orgía excitadora, de perfumes y de música. Visión quintaesenciada de todo encanto de la hembra en la plenitud de su seducción... Tal era el espectáculo que se ofrecía a los sentidos de Carlos Lichtemberger esa noche en que, por rara casualidad, habíasele ocurrido asistir a la función de ópera.

No era particular el hecho de que Carlos se sintiese extraño, casi fastidiado en un ambiente que tan pocas veces contaba con su presencia. Los paréntesis que hacía a su diaria labor eran breves y poco frecuentes; y muy contados salones disfrutaban, de cuando en cuando, del singular encanto de su charla serena y grave, reveladora de toda la rectitud de su carácter. Dedicado desde muy joven a los negocios, por haberse hecho el noble propósito de rodear de todo el bienestar posible a su anciana madre, no había cumplido el período febril de la juventud que estérilmente gasta sus fuerzas en pos de los placeres, desvanecidos tan pronto se han gustado. Y así, sólo una pasión exigiera por brevísimo tiempo sus atenciones, concentrando el restallar afectivo de su vida; pasión que, comprada con oro, fue perdida tan pronto como una oferta mayor cegó los ojos de la cortesana.

Para Carlos Lichtemberger, pues, amor era una palabra vana en el diccionario. Y hubiera conocido a las mujeres solamente en sus relaciones sexuales, a no tener delante el ejemplo de su anciana madre. Porque, en la viejita, aquella su sonrisa lumínica y aquella su cabeza venerable coronada de un resplandor de santidad, bastaban para hacer presentir el vía-crusis de su existencia... El hijo, por eso, la admiraba y la quería con toda su alma.

Pero Carlos, en lo demás, no era un desencantado ni un escéptico: sólo que participaba de una íntima parte de ambos caracteres, amalgamados en una visión muy personal de la vida que se había forjado lentamente, a través de todos los esfuerzos que le costara **llegar**.

Ahora que poseía una cultura inigualable y una posición sólida que se iba aproximando a la riqueza: ahora que, en fin, era un **hombre**, formado con vicisitudes, pocas ilusiones y mucho sentido práctico, Carlos no se sentía feliz.

Aquella noche había recrudecido la sensación. Y una extraña inquietud que no calmaron dos paquetes de sus cigarrillos favoritos ni la lectura de un trozo de D'Annunzio, su poeta dilecto, lo impulsó hacia el aristocrático teatro Solís... Allí, pues, se hallaba repasando en rasgos mayúsculos todo este esquema de su vida mientras algo, algo muy vago, absorbía insensiblemente su atención.

No, no era la “toilette” de piedras que lucía sobre el cuerpo semidesnudo de una princesa rusa, que en un palco mostraba su carne de diosa en un canto enervante y espléndido... Ni tampoco el entusiasmo del público al finalizar el acto, estallando en aplausos en homenaje espontáneo. Era otra cosa...

De pronto, sus gemelos que iban recorriendo lentamente los palcos, detuvieron su trayecto en el próximo al “avant-scène”. Y él mismo asombróse de haber encontrado **allí** la causa de su inquietud. Porque ¿qué tenía de particular aquella mujer impecablemente vestida de negro a la que

acompañaban una señora respetable y una desteñida jovencita rubia, que junto a ella era contraste de exageración en el tocado?

¿Acaso los ojos, unos ojos negros acariciantes y húmedos como bañados por la melancolía de una secreta reminiscencia? ¿O su boca de labios sensuales, que no conseguía ocultar enrojeciéndolos a modo de breve y tentadora guinda? ¿O el deslumbramiento de su busto plásticamente modelado, cuya nividéz destacaba más aún sobre el raso negro del vestido? No, ciertamente. Era, quizá, el conjunto misterioso de una sonrisa que paseaba indiferentemente por la platea y el dejo despectivo de un deseo manifestado en las aletillas de su nariz, abiertas en conjuro amoroso.

Pero... ¡bah! ¿Cuántas mujeres no había contemplado él con esas mismas características? Y ésta, al parecer, no poseía ninguna cualidad especial que la distinguiera de tantas.

Carlos no habría modificado ese criterio si al salir del teatro no hubiera tropezado en el vestíbulo con ella. Iba envuelta, lánguidamente, en un abrigo de pieles que no podía mentir el ritmo ondulante de su andar: un andar provocativo, que despertaba todos los entusiasmos a su paso para que se ahogaran luego en el rictus de su sonrisa burlescamente inquieta. Y eso fue lo que hizo que él, de acuerdo con su observación de los similares personajes cinematográficos, clasificara a aquella mujer como una “vampiresa” de la vida real; clasificación extraña, aunque acertada según su juicio.

Pero el hombre se equivocaba mucho, sin embargo, al definir ese apresurado concepto personal. Sólo era Sofía Shaw González una mujer que, en su apariencia, por lo menos, viviera rodeada siempre de una atmósfera de sardanapalesco refinamiento.

Por lo tanto, poseía el gesto de hastío y de desdén de los que han gozado mucho la vida; nada más... Pero la realidad era bien distinta.

No siempre le había sonreído la fortuna en esa forma a la figura brillante de sociedad que centralizaba comentarios y elogios, como llama esplendente alrededor de la cual mariposean los atraídos. Su triunfo en los salones, que hubiera mareado a cualquiera otra a no poseer su excepcional temperamento, no impedía que, de vez en cuando, la oprimiese un ligero temor...

Porque, aunque vagas, eran todavía recientes para ella las remembranzas de una vida llena de privaciones, allá en la estancia: con el padre ruin que nunca quiso consentir en que sus hijas vinieran a la ciudad... Y aún en los momentos actuales, por encima de las apariencias y del lujo principesco, amenazábalos el espectro de la miseria, descarnado y aterrador.

—Sofía, ¿te fijaste en la forma impertinente de mirarte de ese “ogro”? En toda la noche, Litchemberger no te ha sacado los ojos de encima.

—Vamos, ¿por qué das tanta importancia a eso? No voy a imaginarme que, tan de repente, vaya a cometer ese **irreductible** la torpeza de enamorarse. ¡A buena hora! ¡Y qué descrédito el suyo, si así fuera!

—No aparentes tanta indiferencia, mujer. Porque me parece que el descrédito, en el caso contrario, sería para tu fama de irresistible. ¡Y es un juego con tantos peligros en el amor!

—Pero, Carmen, ¿eres capaz de referirte a mí? Vas demasiado lejos, locuela.

Las últimas sílabas del diálogo relámpago llegaron a los oídos de él a tiempo que subía en el “taxi”, para alejarse meteóricamente enseguida. Y ya

dentro del automóvil, no meditó en lo sucedido como era de esperarse. Sino que, prosaicamente, comenzó a dormirar...

–¡Eh, Mecha, que es la una de la tarde! ¿Hasta qué hora piensas estarte en la cama? ¿No ves que ya han servido el almuerzo?

Sofía, por no perder la costumbre, estaba despertando así a su hermana menor. Mecha era la mimada de la casa: y obedeciendo a la sugestión de la “flapper”, inimitable producto **made in U.S.A.**, trataba de ponerse de acuerdo con ese tipo de muchacha moderna: en todo y por todo, a pesar de la diferencia de ambientes.

La excitación de la noche anterior se conservaba aún en sus ojos, al despertar éstos fastidiadamente a la claridad triunfal de aquel día de otoño. Irradiaban ellos así tal dulzura en todo su rostro, que una verdadera pirotecnia de metáforas podía celebrar aquella refrescante sensación de luminosidad que imprimían en sus regulares facciones. Y surgía a la memoria, en primer lugar, aquel “es tan rubia que cuando sale el sol no se la ve”: aquel clásico verso de Neruo que es todo un poema...

Pero el entusiasmo de estas impresiones concluía al descubrirse que Mecha ayudaba escandalosamente a completar aquella **sensación de luminosidad** con ayuda del agua oxigenada.

La joven cubrió las líneas elegantes y severas de su cuerpo semidesnudo con una “déshabillé”. Y saltó de la cama, para contar desde el baño, como prometiera la noche anterior a Sofía, detalles de la fiesta a la que había asistido en compañía de Milonga, la tercera de sus hermanas.

–No resultó tan **opio** como nos imaginábamos, che. Hicimos unos “cocktails” estupendos, como para revivir después de las naranjadas que hay que tomar cuando está la vieja adelante. ¡Eso de guardar las apariencias! Después, la patota hizo lo que se le antojó: único detalle en el que estuvieron esos imposibles de Fernández. ¡Había que ver lo que nos divertimos con Pitungo Álvarez haciendo crónica de la fiesta! Y, además, pude despacharme unos “Marcovitch” colosales, como hacía tiempo que no saboreaba.

–¿Hasta cuándo...?

–Espera – contestó desenfadada entre los hilos de lluvia. – ¿Cómo es eso en latín que le decían a un tal Catilina? Pareces una “segunda edición”.

Sofía, no haciéndole caso, siguió hablando.

–Veremos en qué va a parar tu afán de modernismo. Sabes ya de memoria que no debes hacer todo eso... Y no conforme con adoptar ese insoportable lenguaje, creyendo que te hace distinguir, has llegado a fumar, ahora... Exactamente como una vulgar “cocotte”.

–¡Jesús, la niña!

–Sí... Es que no te vayas a figurar que todo se te va a permitir, porque mamá sea débil de carácter y no haya aquí una verdadera autoridad moral. Yo...

–Pavadas, hija, puras pavadas.

Para satisfacción de la hermana menor, la entrada de Milonga interrumpió el diálogo. Curioso término medio entre la belleza insolente de Mecha y el encanto extraño de Sofía, Milonga no desagradaba, y sin saberse porqué, tampoco agradaba... Posiblemente era su espíritu huraño, a pesar de la alegría falsa con que trataba de encubrirlo, el que presentaba ese tinte tan poco amical a su fisonomía.

Poco después, Sofía contaba a sus hermanas, con lujo de detalles, aquel encuentro de la noche anterior. Ya el “pobre” de Lichtemberger, a quien ella no conocía sino de referencias, había caído en la red, seguramente. ¿Sería ese el tipo de hombre que convendría para poner en práctica **su sistema**?

Y ahora Sofía, tras de prejuzgar, divagaba. Actitud completamente opuesta a la que, prevenida, adoptara la noche anterior al ser interrogada por su amiga Carmen.

Fuera, indiferentes a todas esas miserias morales, los pajarillos se bañaban ávidamente en rocío de sol, a través del follaje. Pocas veces se había mostrado el astro señor tan riante y pocas veces, también, les había permitido atesorar en el relicario de sus armonías una gama de sensaciones tan vibrantes para que la derrocharan luego ellos cantando a la voluptuosidad de vivir...

CONQUISTA

MMORRONGO estaba verdaderamente fastidiado. Hasta donde alcanzaba su perezosa mirada felina, todo hacía denotar un despego en su amo que su espíritu gatuno resistíase a analizar. Solamente observaba. Primero, las ricas pantuflas de seda bordada que cubrían los pies de Carlos habían permanecido en una irritante quietud, cruzadas como abandonadas armas de combate. Luego, había venido aquel golpeteo tan perjudicial para sus nervios de gato mimado, indicio seguro de una excitación desacostumbrada en su dueño. Y por último, la negativa realidad de que, por la primera vez, Carlos había olvidado de entregarle su zapatilla para que jugara con ella como de costumbre. Todo esto estaba resultando tan extraño para el minino...

—Carlos, ¿qué te pasa? Mamá se está quejando de que hoy ni siquiera le has ido a saludar.

—Ah! ¿eras tú? ¿Qué decías?

—Vaya, hombre. Decía que adivino el porqué de esa actitud tan extraña.

Y acercándose más a él, continuó:

—¿No será para que nos inquiete lo taciturno que estás y te mimemos más que de costumbre? Si es así, es una vergüenza que pretendas imitar a este despótico señor Morrongo.

La voz de María Mercedes, su hermana menor, tenía una dichosa semejanza con el hilo de agua que canta límpidamente la belleza de las cosas. Era clara, fresca, con murmullos de linfa... A través de esta similitud, vio Carlos que resultaba un sedante extraordinario para sus nervios en tensión; porque lo que lo tenía más irritado era la ignorancia de las causales de su nerviosidad. Pero al mismo tiempo, notó que precisamente venía María Mercedes a poner el dedo en la llaga.

No, es que no podía ser la causa de su malestar otra cosa que cansancio: y esa era la explicación que le iba a dar a su hermana.

Pero... ¿se relacionaría acaso algo con el cansancio el deseo de volver a ver a la desconocida de la noche anterior?

Ya estaban por fin en el salón de té. María Mercedes había impuesto como penitencia a Carlos la satisfacción de su capricho de concurrir al “dancing” esa tarde, en que su madre se encontraba tan bien... Ciertamente era que la pobre tenía muy pocas oportunidades de escapar de su “jaula”.

Producto de una educación austera, que las de Shaw González hubieran clasificado de “chapada a la antigua”, María Mercedes asistía lentamente a la desaparición de su natural alegría, en medio de la atmósfera severa propia de su casa. Es cierto que aquella serenidad penetraba en el espíritu inundándolo de beatífica dulzura; pero no quiso, no tuvo su juventud turbulenta porqué entenderlo en aquella faz. Y el resultado de la lucha era que, oprimida su alma por un raro y agradable malestar, iba tomando ya a los veintinueve años el aspecto grave que preludia ese irremediable hecho de “quedarse para vestir santos”.

—Un “cocktail” de frutas y un té a la inglesa con tostadas.

Formulado el pedido, Carlos fijó su vista en un rincón de la sala que, al entrar, había despertado inmediatamente su atención.

–¿Sabes? ¡Me siento tan satisfecha de haber venido aquí! Ansiaba de veras cambiar de “panorama”. Son contadas mis escapatorias de este género; y has sido muy bueno en traerme. Pero... ¿qué es lo que miras así? ¡Ah! Ya adivino la causa de tu preocupación de hoy. ¡Y nada menos que Sofía Shaw González!

–Pero Mercedes, ¡qué verborragia! ¿Crees que una mujer tan llamativa como esa pueda preocuparme seriamente? Pues estás equivocada; recién ahora sé como se llama. Nunca le he visto, por otra parte, nada de particular al hecho de que a ciertas mujeres, como a las obras de arte, se las pueda admirar con emoción estética, nada más.

–Es que te encuentro demasiado propicio a esa **emoción estética**. ¡Cuidado! Esa muchacha es una de las que brillan más en los salones; y no me vas a negar que ya la has visto antes.

La respuesta de Carlos fue para María Mercedes de una originalidad pasmosa. Su hermano se limitó a beber el “cocktail” desgadamente, y a no quitar los ojos de la mesa vecina que en ese momento abandonaban la Mecha y Pitungo Álvarez para ejecutar, al son de la música doliente de un tango, las filigranas coreográficas que los habían hecho célebres entre el elemento “bien”.

Y se olvidó de todo lo que pudiera pensar Mercedes acerca de sus reiterados propósitos celibatarios, y se olvidó de los comentarios que surgían en la mesa de enfrente, sólo para beber, en el reflejo enigmático de aquella mirada, el hechizo indefinible de sentirla hondamente compenetrada con la suya.

María Mercedes, ante la **gravedad** del caso, no insistió. Otra cosa hubiera sido si escuchara las murmuraciones que condimentaban la conversación de Sofía y Milonga Shaw.

–¡Eres una maravilla, hermana! A no verlo, no lo hubiera creído nunca. ¡Es mucho eso de conseguir una demostración pública del “irreductible” en esa forma!

–¿Pero qué culpa tengo yo?

–Si desaprovechas esta ocasión, habrás cometido la tontería más grande de tu vida. ¿Para quién reservas tu **sistema** entonces? Este es el momento de ponerlo en práctica.

– Ya estás, mujer de la precipitación. ¿Crees que no sé lo que hago, acaso?

–No, pero... Hay muchas cuestiones de por medio. Por ejemplo, los “duraznos” que llenan el bolsillo de Lichtemberger; lo que va a ser de nosotras con ese haragán insoportable de Billy y con lo mal que van los negocios de la estancia. Y no vamos a suponer que, si rechazaste hasta ahora tantos buenos partidos, fue porque deseabas casarte por amor. El deseo de encontrar siempre **algo mejor**; tu vanidad de mujer... Se explica. Pero ahora creo que te ha llegado la hora. Y me imagino que...

–Bueno, hija, suspende el sermón. ¿No ves quién viene hacia aquí? Es Téllez, ese de quien se habló tanto en aquel “caso” de Irene Sardi.

Carlos, entretanto, seguía contemplando todos los movimientos y los gestos de refinada coquetería que prestaban un matiz exquisito a la conversación de aquella mujer. Sin habérselo imaginado remotamente el día anterior, ella absorbía así, con un absolutismo imperioso, todas sus atenciones,

dedicadas habitualmente a negocios de importancia. Y, por cierto, no dejó de complacerlo, pueril aunque íntimamente, la circunstancia de que **ella** se negara a bailar con Téllez, tipo al que conocía a través de una relación superficial y cuya irreprochabilidad estaba empañada por algunos informes dudosos.

El hecho de que Sofía, en aquel templo del “jazz”, no siguiera la corriente dejándose arrastrar por los compases de la música, prestábale a su modo de ver un nuevo carácter de particularidad entre los muchos que, a su juicio, hacían a esa mujer tan esencialmente distinta a otras.

Y Carlos, al seguir anotando impresiones, no reparó en que la orquesta había atacado los primeros compases de un “charleston”, y que María Mercedes había desaparecido de la mesa tras de formular cuatro palabras que él ni siquiera oyó. Sólo ahora que la veía bailando con el Chino Pacheco, excelente muchacho que lo acompañara en sus luchas más esforzadas, Carlos empezó a asustarse de la consecuencia de tan repetidas distracciones.

—Amigo, ¿qué opinión tiene Vd. del matrimonio?

La pregunta, tan de sopetón, sorprendió al Chino Pacheco. Y lo sorprendió doblemente porque en ninguna ocasión, a lo que él recordara, había interrumpido su socio el trajín oficinesco para inmiscuirse en una cuestión de esa índole.

—Vea, Carlos, ese es un asunto que se presta a muchas controversias. No tendríamos tiempo de discutirlo como se debe, aquí, en la oficina. Pero si Vd. se empeña...

—Sí, Pacheco, me empeño en él con particular interés. Y en este caso, la única persona a quien creo capaz de aconsejarme lealmente es Vd.

—¡Vaya! Vd., nada menos, a quien han puesto el mote el “irreductible”, es el que viene ahora con preguntas de esa clase? Nunca pensé en hacerlo desistir de su idea; pero ahora veo que el milagro se opera solo. De todos modos, no hay derecho, Carlos, para ponerlo a uno en semejante aprieto.

—Pero yo estoy convencido de que Vd. me va a contestar derechamente, sin vacilaciones.

—Bueno... Le diré que yo miro la cuestión bajo dos aspectos principales. Uno, el de la conveniencia material, en que se pesan escrupulosamente pro y contras. Otro, el del impulsivismo animal, que nos arrastra sin que lo queramos a ese paso cuya trascendencia no consideramos en ese momento, no podemos considerar. Lo sospecho, pero no sé exactamente en cuál de los casos lo debo colocar a usted; y...

—Pacheco: Vd. ha sido el consejero de mis horas difíciles; el ayudante en la resolución de mis problemas financieros. Y no por eso he creído menos eficaz su opinión al plantearle este problema sentimental.

¡Qué iba a creer que me vería en este trance cuando me burlaba de lo que llaman **destino**! Fui siempre un perfecto convencido de que el destino de cada individuo se lo forja uno mismo. Y porque nunca comulgué con esas ideas y supersticiones, es que mi sorpresa ha sido más grande. Una ironía de la vida; una ironía bien cruel es ésta que se contrapone a todos mis propósitos. No valió que yo los cultivara, aislándome voluntariamente a las relaciones mundanas. Ya los ha destruido de inmediato, como si sus cimientos fueran de una resistencia insignificante... ¡Sólo ahora comprendo lo débiles que somos!

–Hombre, ¿es posible que un enamorado se muestre tan pesimista?

Pacheco, evidentemente, quería borrar de la imaginación de su amigo los pensamientos que atenaceaban su cerebro como consecuencia de aquel hecho insólito. Pocas personas como él hubieran sido capaces de ahondar en los principios de aquel drama íntimo que sufría Lichtemberger. Pero, por supuesto, descartábale toda importancia cuando Carlos empezara en amores con Sofía Shaw González. Porque estaba claro: una pasión cuyos comienzos hacíanla denotar como una fuerza impetuosamente avasalladora, ahogaría muy pronto aquel amor propio tan rebelde, que todavía se resistía a creer en la destrucción de los conceptos básicos en que fuera educado...

El drama, el verdadero drama, estaría en el matrimonio de un hombre de moral tan pura como Carlos con una mujer siglo veinte como Sofía; calculadora, de una vanidad desmedida... Producto, en fin, de una sociedad absolutamente falta de predicados morales; medio ambiente en que se desarrollara espléndida su belleza física, pero en que su alma había crecido raquítica, con calor de invernáculo y no con oxígeno y horizontes...

El diálogo de ambos se limitó luego a la habilidad que desplegaba Pacheco para esquivar su opinión franca y sincera acerca de la pregunta que le formulara Carlos. Este, por su parte, no se dio cuenta de ello, embebido como estaba en relatar a su amigo los pormenores de sus sucesivos encuentros con ella, por más que Pacheco los conocía muy bien. “¿Por qué –preguntábase el muchacho– descubrirle mi punto de vista, cuando todo será inútil? Carlos no habría de retroceder ni un paso, por ello, en la peligrosa pendiente a que se acerca”.

Y no sólo peligrosa, sino abismal pendiente era aquella cuya potestad no podía Pacheco considerar, desde que todo sería una visión tan furtiva como la sombra de enamorado trovador en noche de luna, y desde que la tragedia se desarrollaría con la asustadiza rapidez de quien no quiere que lo descubran.

Una Batalla Espiritual

...momentos iniciales o palingenésicos,
en que diríase que el alma entera se
refunde y las cosas de nuestro inmediato
pasado vuelven como remotas o
ajenas para nosotros.
(José E. Rodó – Motivos de Proteo)

No, él no podía seguir así. La angustia sofocante de aquellos momentos mordía demasiado en las entrañas de su alma. Y era sobrehumano soportar resignada y estoicamente la lucha entre la razón y los sentimientos entablada en su yo interior; ese **yo** que tanto desconociera hasta entonces.

Trataría de prolongar la respuesta a aquella obsesionadora interrogación que estaba asaltando sistemáticamente su espíritu. Huiría de ella como una sombra... Todo, menos aceptar que jugaran los dientes de la maledicencia con su reputación, hincándose perversamente en ella. Eso era como si le arrancaran la propia vida.

Pero, por otra parte, ¿qué sería de Carlos si llegara a perderla a ella, la irresistible sirena?

Había salido a la calle porque se ahogaba estando encerrados solos él y aquél problema entre las cuatro paredes desnudas del salón glacial. Había comenzado a caminar sin sentirlo, con pasos de autómatas que lo llevaron a su rincón favorito. Se aferraba así, infantilmente, a la pueril idea de que la naturaleza se cerniría sobre él en gesto de hermana que consuela...

Y lo pensaba en vano.

Porque al sumergir su alma con delectación mística en el azul del cielo, tan puro que lo penetraba todo, surgía de nuevo ante él la importante súplica. Nada significaba en esa ocasión el retiro soñador que invitaba al recogimiento. Ninguna sugerencia tenía para él ahora el prodigio de verdor constituido por los ramúsculos temblorosos al proyectarse sobre la linfa inquietuela... Mientras que paradjaba siguiendo con desatenta atención los movimientos de los cisnes en el estanque, sufría ante él, atrevidamente, la pregunta inmutable.

¿Lo amaba de verdad Sofía, como asegurábaselo siempre toda la inefable efusión de su ser cuando se veía junto a él? ¿O aquello era sólo una representación más de la vil comedia del egoísmo y del interés fingiendo cariño?

Como una valiente aprobación a lo primero, estaba el hecho de que ella le prometiera, en la excitación de la noche de fiesta que respiraba poemas de embriaguez y voluptuosidad, ser toda suya, entregarse a él en el gesto de excelso desfallecimiento que grita la consumación del delirio de amor...

Pero, por otra parte, las palabras que oyera impensadamente, al retirarse al invernáculo un momento para recuperar su alma en la soledad, habían sido como el oráculo de un incierto porvenir.

Mecha, esa vez, había pitagorizado en los movimientos de geometricidad perfecta con que marcaba el ritmo del "charleston", todo el espíritu cuadrilátero

de su vida. La vida **moderna**, como ella se complacía en llamarla creyendo positivamente en una innovación, tenía un credo único: gozar de todas las sensaciones en su breve pasaje por el mundo, hacer que su “luz” brillara espléndida aunque efímera. Y la vida **moderna**, renovación regresiva en verdad, debía ser para ella una vida-ráfaga.

Pero Mecha acentuaba el propósito; lo hacía resaltar en todo momento con una indiferencia inconsciente y estúpida...:

–Pitungo, por Dios, está Vd. Insoportable esta noche.

–Y Vd. está adorablemente cruel... Lo único que me “arruina” es que Vd. finja esa mortificación y esa indiferencia que yo sé imposibles en realidad.

–Presumido... Como amigo, siempre he de distinguirlo; pero como enamorado, Vd. es una verdadera calamidad. La cantinela de siempre; que le destrozo el corazón, que soy una muñeca caprichosa... y etcétera, es algo por lo cual, si supiera que es inevitable, no me enamoraría nunca. ¿Lo ha entendido bien?

–Sí, pero ahora es preciso que Vd. me entienda a mí.

–Es que no pienso perder la paciencia... Vd. conoce ya los efectos que hace en mí ese sentimentalismo cursi que salpica en sus declaraciones.

–¡Oh, no se apure, Mecha! A pesar de que hoy le ha dado con las frasecitas de rompe y rasga, no por eso voy a claudicar.

–¿Es que cree, Vd., Pitungo, que por distinguirlo entre todos los compañeros de baile porque se **completa** tan bien conmigo, he pensado nunca en “clavarme” con un matrimonio así? Supongo que ya está cansado de conocer mis ideas al respecto. La juventud es para disfrutarla; desgraciadamente no se vive dos veces... Y al casarme, más tarde, hacerlo con un hombre de posición, que le permita a una gozar de todo el lujo a que tiene derecho. Exactamente como lo hace Sofía.

–¿Pero no piensa, Mecha, que en el casamiento de su hermana predomina un interés sentimental?

–¿Cómo? Parece imposible que sea Vd., el íntimo amigo de la casa, quien habla de ese modo. No considerará cínica mi confesión, porque no es nueva para Vd. De sobra está enterado del **brillante** estado financiero en que nos hallamos, razón de más para que Sofía no abandonara sus ideas positivistas respecto al matrimonio... Y el resultado, como lo ve, es ese enlace con el “zonzo” de Carlos.

La cachetada, con su fuerza ciega y brutal, hiciera subir la sangre de Carlos a la cabeza en un violento impulso de cólera. Había resonado, dolorosamente, en lo sensible de su alma, muy escondido en la fría apariencia externa de su persona...

¿Conque pretendían engañarlo? Ella, la muy pérfida, había preparado calculadamente toda la trama. Ella, muy artista además, lo había envuelto en las redes de su seducción contra la cual era en vano luchar. Ella se estaría riendo ahora de él, el muy “zonzo”...

No, mil veces no. Imposible. ¿Cómo podía mentir la mirada de ella de aquel modo? ¿Cómo latiría su seno con aquel compás desordenado y palpitante, si no estuviera dictando su ritmo por la fuerza avasalladora del amor?

¿Y cómo, finalmente, hubieran sido los labios de Sofía el Tabor en que se purificara y transformara su concepto de la vida, si sus besos no hubieran llevado aquel calor palpitante de humanidad, que hacía vibrar por un minuto, en

un mismo espasmo, en una misma sensación de excelsitud y de grandeza, a las dos almas?

No cabía, en los registros de su espíritu, la concepción de un grado tal de falsedad.

Por eso, con desasosiego creciente, interrogaba a todo sin apercibirse de ello, con la monótona insistencia del que, desesperado, pregunta en el patíbulo con la venda entre los ojos si aún brilla el sol, si hay sonrisas en los rostros y los niños juegan, y si aún las mozas oyen requiebros de sus enamorados, cuando su fin está tan próximo que casi lo palpa. Interrogaba así, sin darse cuenta de ello, a las estrellas, a los pájaros, a la misma brizna de hierba que los vientos llevan de acá para allá; al borracho que lo miraba con expresión idiota para romper luego en carcajadas...

Allí estaba el momento palingenésico de su vida.

Y aquel era el amor irresistible, inesperado, pero débil niño ciego que buscaba tembloroso la senda perdida. Era el amor que lleva al hombre a las desatinadas actitudes. Era el amor que lo haría hasta romper a llorar y arrodillarse delante de ella, aunque se confirmase su mentira. Es el amor génesis humana y esencia de vida. Era el amor hipertrofia de la razón e inyección de alcaloide sobre el instinto galopante y sin freno. Y era aún el amor, pujante efusión que había de arrastrarlo al término conciliador.

¡Cómo había hecho presa el amor en su alma ingenua de hombre que jamás se imaginara conocerlo en aquella omnipotencia!

En primer lugar, ataba de pies y manos, por rara contradicción, a su impulso viril. Desarmado, vencido, Carlos tenía así un solo recurso; convencerse de que si Sofía alimentara una doctrina utilitarista y especulativa del matrimonio, al conocerlo la había destruido totalmente, para plasmar en sí misma una nueva concepción de la vida. Algo que debía abrir para su alma nuevos horizontes, desde que se anulaba su feroz egoísmo...

Entretanto, iba anocheciendo.

Amor... Vida... Aquellos términos tan grandes, tan multiformes, tan confusos, iban constituyendo en imaginación una dulce perplejidad. Carlos la recordaría para siempre. Para siempre quedaría grabado en su espíritu el hesitar del que estuviera pendiente su existencia en un momento supremo.

Y sobre todo, para siempre dejaría su estigma en él la solución; aquella solución que, aunque débil y cobarde en un hombre de su temple, era la solución, al fin!

Carlos abrió, pues, la puerta de sus sentidos al mundo exterior. Y percibió con un desasosiego que era forma nerviosa de regocijo y de paz, que la noche estaba fría, que en su casa lo estarían esperando intranquilos y, sobre todo, ¡que tenía un apetito extraordinario!

S

OFÍA! Al fin llegaste! No sabes qué intranquilo te estuve esperando!

–Me fue imposible venir antes. Pero confiaba, Carlos, en que no te echarías atrás.

–Sabes muy bien que, tratándose de ti, nunca, nunca hubiera hecho eso. No necesitaba tampoco de esta prueba. Nuestro cariño es ya, por sí solo, demasiado grande. Y está por encima de toda desconfianza.

¡Mentira! Era la respuesta que gritaba en el interior de Sofía. Hasta ahora ella había estado insegura de las intenciones con que venía aquel hombre. Antes de hacerse la luz del amor en el corazón de Carlos, sólo había visto vacilaciones, consecuentes de aquel conflicto espiritual que ella ignoraba, por supuesto. Esas vacilaciones hacían dudoso su casamiento con Lichtemberger aún después de haberse publicado su noviazgo. Y aquello la había decidido a dar el paso definitivo en la conquista del marido. Paso que, por otra parte, no era de ninguna gravedad para ella; ni por sistema, ni por temperamento.

–Vamos a tomar aquel taxi. Es peligroso exponerse así a que nos vean, aunque sea éste un lugar apartado.

–Como quieras...

Tras el breve cruce de palabras, y después de recibir órdenes el “chauffeur”, el auto arrancó. Dentro de él, en la irresistible atracción de la mujer sobre el hombre, iban, solos, Sofía y su novio.

Solos con el Deseo, animados por su soplo cálido y vigoroso: obedeciendo a su dictado en las frases exaltadas, que surgen entre un raudal de ideas grandes y confusas, y que sucedieron enseguida al discreteo vulgar de todos los enamorados.

–Debemos vivir y sentir este minuto como el más grande de la vida. Pero sólo vivirlo y sentirlo. Es tan pobre todo lo que pudiera decirte comparado con la naturaleza de esta emoción...

–Tienes razón. Yo tampoco acertaría a comunicarte lo que, en realidad, siento.

–Y estoy luchando conmigo mismo, porque es demasiado intenso esto como para que yo no lo grite, para que no vea vibrar tu alma junto a la mía en esta hora. Pero, también, ¡es tan indescriptible, en la esencia, en lo íntimo! Sólo sé que me siento extraño de mí mismo: y que te veo alta, inmarcesible, rodeada de una aureola que te hace para mí la mujer superior. Te siento mía; y tu espíritu es mío también. ¡Y esto es, en dos palabras, la gloria!

–Andá, exagerado– ¡Si no te supiera tan poco amigo de mentir! ¿Y olvidas que soy mujer? Olvidas entonces la femenina sensibilidad del amor. En la mujer es todavía más rara la facultad de dejarla estampada en la página de arte, o esculpida en la piedra o el bronce. ¡Qué! Ni siquiera transmitida al viento que deslíe las palabras, poco a poco, en sus sutiles falanges.

–Tú aludes a esa feminidad que siente, que se duele e irrita a puro gozo con la caricia amorosa. A esa feminidad que vibra enérgicamente en la hora del amor y que cae desmayada en brazos del hombre en el momento de la lucha. Así lo creo comprender... Y así la entiendo yo también.

–Sí, Carlos. Yo, de esa manera, siento el voluptuoso placer de ser femenina a tu lado. Me impresiono como una chiquilla cuando me tomas entre tus brazos...

–Para luego olvidarte en la... ¿cómo diría?... en la “ivresse” posterior, ¿no?

“Ivresse”... El término, que traducido pierde todo el prestigio de su galo y galante significado, expresaba muy bien la condición espiritual de Sofía en aquel momento. Esa hora del amor; hora del cálculo para ella desde que venía a asegurar a la presa, estaba siendo por último hora de “ivresse”. La embriaguez producida por el ardor apasionado de aquellas palabras, el escozor epidérmico de los besos del verbo con que primero la acariciara Carlos, se convertían ahora en completo y total olvido de todo lo demás, por el aislamiento pasional del abrazo que hacía olvidar lo que sería, casamiento, y todo.

Aquel era, pues, el minuto de locura del deseo...

Más no era el amor.

Y así pasó velozmente el tiempo hasta llegar al lugar indicado. El “chauffeur” los volvió a la realidad con un seco “Ya estamos, señor”, y ambos descendieron del auto.

La tarde estaba en la plenitud de su perezosa languidez. El rincón lleno de paz era propicio a la amorosa entrevista. Y el sol iba huyendo picarescamente, como si comprendiese su poca necesidad en aquellos momentos y fuera a buscar a la hermana Luna, que sabía de mágicas fórmulas y conjuros misteriosos, tan gratos a todos los enamorados. Al recibir sus últimos reflejos la arena tenía extrañas reverberaciones doradas...

Con un tapiz de esa clase y, muy luego, cubierto por argentado techo, el escenario del amoroso “tête-a-tête” era, si no precisamente original, por lo menos brillante realce de éste.

–Ven, Sofía. Sentémonos aquí.

Triviales palabras, trivial comienzo de aquel coloquio en la playa, todo denotaba a las claras el embarazo en que se hallaba Carlos para transmitir sus emociones.

Ella le repuso:

–¡Qué paisaje admirable! Es una tarde única, ésta de nuestra hora. El instante en que se nace por completo al amor, y aquel en que se vislumbra la muerte, son para mí los “momentos psicológicos” de nuestra vida. Ahora estamos en el más hermoso y el más grande.

“Pero... ¿porqué será que siempre asociamos la idea de amor exaltado a la de la muerte?”

Las frases de artista, calculadas, que irían a ejercer un efecto seguro sobre el ánimo del amante, no provenían de un parto espontáneo de emoción femenina. Ella iba segura de lo que diría. Nada en Sofía era improvisado; sino que en su felina e infernal astucia, había presentado con refinamiento, hasta

imaginarse la evolución ordenada de aquellas sensaciones. ¿Iba el entendimiento de Carlos, tan prístino en aquel orden, a imaginarse la abstrusa y satánica anticipación? No. Y por ello completó el pensamiento:

–El amor, vidita, es la muerte de nuestro egoísmo, aunque da lugar a otro, más amplio, más noble. Es también la muerte de todo interés mezquino al que nos hubiéramos dedicado ajenos a él. Y la muerte de todo amor hace que muera en nosotros hasta la belleza de la bestia. Uno es suma razón; la otra es término. Por eso siempre van estrechamente unidos en nuestros pensamientos.

–¡Qué extraño, Carlos! ¡Yo he pensado tantas veces en eso mismo!... Pero no debe de asombrarnos esta comunión espiritual. Lo que sí me desespera es el pensar que no exista en todos los amores, que desaparezca ahogada por el materialismo o por el temor de parecer... ridícula. ¡Pobre amor y pobres almas esas, entonces! Y de que las hay, no cabe duda.

–Creo que estás equivocada. Esa “comunión” que tú llamas, siempre existe en los amantes. Lo que hay es que pocos saben desempolvarla de la anonimidad en que yace en las concepciones ocultas de nuestro raciocinio. Y menos mostrarla, como en una fiesta, desnuda a la luz del amor.

Aquel cariz filosófico de la conversación ocultaba muchas cosas, Parecía que el exaltado principio de la cita en el auto se avergonzaba de sí mismo. Y ambos tornaban a una correcta expectativa, tregua necesaria en el ardor de la lucha. Pero sólo tregua de palabra. Los ojos seguían entonando cánticos de embriaguez al cruzar los destellos de sus miradas y las manos acusaban una alianza tácita en el apretón, nervioso y significativo a veces, otras prolongado...

Las frases fueron entonces sólo de ellos. Una aprisionaba a la otra. La palabra de Sofía se tonificaba con la esencia sutilísima de la verba de Carlos, enérgica y rendida al mismo tiempo.

Y así, ambos, fuerte el amor del uno por el apoyo que recibía del otro. Fueron hacia el “auto”, abrazados más como dos compañeros que como dos amantes, lentamente, muy lentamente, bañados en melancolía de ocaso que era, en esos momentos, presagio siniestro de otro ocaso futuro...

Carlos, al llegar a la rambla, dio de nuevo una dirección; esta vez era la del “cottage” excéntrico, primoroso y discreto, que había alquilado al efecto. Allí realizarían delectablemente ellos sus desposorios de amor, sin la rúbrica de la ley y de las conveniencias sociales.

Nupcias

Tres meses después, en la elegante residencia de los Shaw, se realizaba ante la sociedad entera la boda del “acaudalado comerciante e intachable caballero don Carlos Lichtemberger, con la señorita Sofía Shaw González, gentil figura de los salones distinguidos”.

La casa resplandecía verdaderamente entre aquel derroche de luces. Los trajes de las damas eran una mancha pintoresca, de confusa belleza, sobre la decoración y el moblaje de las habitaciones, todos de severo estilo colonial. Los más mínimos detalles, en suma, revelaban que la familia había “echado el resto” en aquella ceremonia al cifrar todas sus esperanzas en el casamiento de Sofía.

En las crónicas sociales de los diarios se anunciaba que la “señorita de Shaw González luciría como nunca su belleza, de tradicional prestigio, vestida con una elegantísima “toilette” de lama plateada y armiño”, etc., etc. Y en apariencia, reía en amargura ella de que los azahares, símbolo de pureza e inocencia, se vieran por contraste extraño sobre su frente; de que no pudiera llevar con tímida y gozosa las galas de novia que arrastraran consigo al ser quitadas toda la ignorante ilusión juvenil...

Pero en el fondo... tanto le daba. Ahora pasaría por fin las terribles preocupaciones económicas que le habían amargado la vida en los últimos meses. Carlos, más ciego aún al llegar su pasión al punto álgido, había adelantado la fecha de la boda en la ansiedad de que nunca pudiera murmurarse de Sofía, con aquel concepto rígido del pundonor caballeresco que lo hacía sentirse más conmovido seguramente ante la rápida sucesión de los hechos que al inquieto y sensual temperamento de su novia. El enlace, aunque apresurado, había atraído a todo el mundo social, y las críticas acostumbradas, de divertida perversidad, cruzaban las saetas de su ironía merced a la consumada habilidad de algunos esgrimistas de la palabra.

En un ángulo del salón donde se realizaría la ceremonia, dos voces había que resaltaban discretamente en el murmullo general. La una burlona, fresca, con inflexiones de femenil felinidad, jugaba despóticamente con la otra, esclava suya en el acento, aunque pronta para el ataque.

—¿Otra vez, Mecha, con ese “no”? ¿Qué sacrificio quiere imponerme para que le demuestre de una vez que la amo? — decía Pitungo Álvarez, con gesto rendido que pretendía evocar pretéritas escenas de amor en los jardines de Triánón.

—Vamos a ver, caballero. Hablemos seriamente. ¿Cuántas veces se me ha declarado Vd.? A la verdad, no creí nunca que tuviera tanta paciencia. ¡Si ya estoy cansada de repetirle lo mismo! Y aunque variara de idea, no le daría el gusto de demostrárselo. ¡Me resultaría tan ridículo eso de echarme en sus brazos “palpitante como plato de jalea”, como decía no sé quien!

—Pero Mecha, permítame, aunque más no sea, pensar que Vd. cree en mi cambio... Él se debe a que yo la quiero como nunca lo imaginara. Y es preciso ponerle punto final a todo esto. ¡Porque Vd. no sabe lo que sufro al ver sus coqueteos con cualquier otro galán!...

Sustituido en la frase del interlocutor lo de **otro galán** por “otro tenorio”, la expresión de sus propósitos hubiera surgido desnuda, abandonando el manto

de aparente sumisión con que iba envolviendo poco a poco la también aparente resistencia de la joven. Era un tenorio aquel farsante. Y era además un cínico... Porque estaba seguro que en la lucha de la especie triunfa siempre el macho. Y con esa seguridad, iba sitiando las mal abastecidas fortalezas con que pretendía defenders Mecha: indiferencia, ironía, “flirt”, **ultramodernismo**...

La emancipada, en fin de cuentas, era sólo una ingenua. Ella sucumbiría tarde o temprano. No se improvisaba tan fácilmente, por más que lo impusiera la moda, una “cocotte” que lo fuera perfecta en el ropaje de su cuerpo y de su alma, si no se sabía de la vida lo suficiente para ello. Mecha, además, no poseía el talento de su hermana. Por eso, aunque muy lentamente, su orgullo iba claudicando... Era, como casi todas las que la rodeaban actuando en el “gran” mundo, una inepta digna de lástima, que muy pronto había de pagar caro el afán de sensaciones que hicieran vibrar sus nervios débiles y raquíticos.

– ¿Qué le parece, Pitungo, si cambiamos el disco? Ya me está resultando un arrorró. Y ¡es una lástima!...

–¿Qué?

–Que Vd. malgaste tiempo e imaginación en esa literatura barata, habiendo, como apercibo, tanta materia prima para una de sus sabrosas crónicas– y al decir esto Mecha mordisqueó las palabras con sádico encarnizamiento, como si hincara los dientes en su adversario teniéndolo a sus pies, vencido e implorando perdón con una especie de nuevo “Ave, Cesar Imperatori”...

–Como quiera, Mecha. Está visto que Vd. ha de llevar siempre la ventaja. Y ante ello no tengo más remedio que acordar tácitamente con sus deseos. – ¿..... De qué, o de quién, prefiere que hablemos?

–Recién acabo de divisar una figura que viene de perlas para que Vd. haga su apología. Temo que le parezca muy oscura, y hasta quizá indigna de ello... Es esa **pobrecita** hermana de mi cuñado.

–¿Se refiere a María Mercedes? Perfectamente.

–Hágale un retrato impresionista, Pitungo.

–Tiene **gusto** a solterona. Está recién a punto de marchitarse, y sin embargo, ya hay alrededor de ella esa atmósfera especial que rodea a las orquídeas ajadas. Hasta desnuda por completo, me parecería verla siempre cubierta por hábitos monjiles. No parece de este mundo...

–En el cual se empeña estúpidamente en figurar – interrumpió con rabia Mecha.

–No, me refería al mundo en general. Se me antoja que ha nacido predestinada a vestir santos. Hasta el abanico, en sus manos, y con un poco de imaginación, se transforma en un cirio... Es que, sin premeditarlo, profesa fanáticamente la religión del pudor. Todos le huyen por eso: es una pobre víctima de Anteros. Y verla en brazos de un hombre, sería contemplar un sacrilegio.

–¡Ave María, Pitungo! ¡No sea exagerado! ¡Cuánto me gustaría que sus apreciaciones tuvieran un mentís y que ella llegara a casarse! Todas esas gazmoñas tienen una suerte enorme. Y desconfíe, si ha llegado a engatusarlo con sus aires liliales...

–Vd., Mecha, disimule, que viene para acá.

En ese momento la joven, como impulsada por un contacto eléctrico, se levantó de su asiento y se deslizó con un culebreo tan felino, que fue imperceptible en razón de su misma rapidez. Declarando así el “boycott”, como

lo previniera a las íntimas, a María Mercedes, ella creía que le demostraba indiscutiblemente su **superioridad**; que le significaba con verdadera altura lo ridículo de sus esfuerzos por igualarse a las “distinguidas de Shaw González”.

Pitungo, entretanto, quedó riendo para sus adentros, sin percibir todavía que en su retina psicológica estaba ya impreso un grande asombro por la extraña metamorfosis operada en la conducta de su amiga. Al salir al encuentro de María Mercedes, la saludó con cuatro cortesías vulgares; y acto seguido disculpó a Mecha con el pretexto de que, al acordarse repentinamente de que su hermana podría necesitar de ella en esos momentos, había huido sin más explicaciones.

En efecto, pocos minutos faltaban para el comienzo de la ceremonia. Todo reía nerviosamente, con pretensiones de falso augurio de felicidades.

Y saltaba a la vista, en primer lugar, el temblor de los caireles en las grandes arañas que ornaban el salón con el insulto de su lujo brillante. Aquel inmenso temblor hería la imaginación. Mas en vano se torturaba ésta para adivinar si era grito de sexos en una cópula similar a la extraña e inverosímil de que nos hablara Salvador Rueda; si ese grito acompañaba la embriaguez de la otra unión, si era el anuncio de una tragedia para todos impresionable... O si, por último, el trepidar manifiesto en suaves tintineos cristalinos era únicamente una gran mueca sarcástica ante la farsa de aquellos esposos que ya consagraran su amor en el tálamo nupcial, realizada en medrosa rectificación hacia la voz pública.

Lo cierto es que aquellos signos de expectativa causaron en momento determinado una impresión repentina en el ánimo de Pitungo. Durante la ejecución de un acto trivial, como lo es el de encender un cigarrillo, surgió en su mente claro, inconfundible, definido, el asombro causado por las actitudes de su amiga. Indudablemente, revelaban un verdadero desorden en la intimidad de su carácter. Aquel efugio final, rápido, impulsivo, era muy de ella; pero ¿dónde estaba su lenguaje acostumbrado en la conversación, durante la cual, a duras penas, hiciera flamear el perdón de su ironía indoblegada? Mecha no era ya la muñequita de escaparate que disfraza su ínfima personalidad en estremes de “snobismo”; efectualmente, despertaba en ella, profundo, puro, sin retorcimientos ni máscaras excitantes, el instinto de la eterna Eva. Para Pitungo, esa era la exégesis que faltaba.

Se iba aproximando, pues, el instante anhelado por el conquistador. No era cosa de desbaratar ahora con actitudes desembozadas la obra suya, paciente y medida, a la que él mismo daba su justo mérito clasificándose como el preparador más cuidadoso de la senda que conduce al festín de deseos y de carne.

Pitungo odiaba la dialéctica, por natural holganza de ánimo. Darse cuenta de que estaba investigando, rudimentariamente o subconscientemente, la verdad sobre Mecha toda, en carne y cerebro, y abandonar sus disquisiciones, fue todo uno. Viniera lo que viniera, estaba dispuesto a afrontarlo. No se detuvo más en ello, pues; y empezó a observar distraídamente la concurrencia que llenaba la sala de espejados muros.

Precisamente, dos figuras llamaron enseguida su atención. Eran, quizá porque iba dispuesto a encontrarlos, Carlos y su hermana.

La curiosidad burlona de aquel muchacho gustaba desabrochar el ropaje exterior de los espíritus, a fuerza de desnudar cuerpos femeninos con sus ojos cínicos y expertos. Lo hacía espontáneamente; sin que significara esfuerzo alguno de su parte. Y era un estudio que hubiera abandonado al percibirse de que requería de él empleo de sagacidad, experiencia o ingenio.

A quien divisó primero fue a María Mercedes, que, hacía ya un rato, se separara de él. No era tan exagerada como parecía a primera vista la etopeya que de la hermana de Carlos hiciera, conversando con Mecha en el tono libre y zumbón de las modernas pláticas sociales. En ella se extinguía visiblemente la llama de la juventud, la llama que prende sonrisas brillantes en los ojos y promesas inéditas en los labios purpúreos y tentadores. Se extinguía en un proceso muy lento: tanto como lo era la desaparición de su ser de amor, fuerte, imperiosa, soberbia... ¡Pobre mujer aquella que se dejaba arrastrar por el destino! ¡Alma estéril que ni sabía rebelarse ante lo ineluctable!

A las claras se revelaba en el semblante de María Mercedes el cansancio que le produjera la perspectiva de la lucha. Esa noche, lo había aumentado un desencanto: el desprecio claro, categóricamente expresado, de que fuera objeto por parte de los Shaw González. Y no sólo sentía por sí aquella ausencia de valores morales en la familia con la que iba a unirse su hermano. También temía por él, a quien nunca se había atrevido a comunicar sus impresiones.

Cambiando de atalaya y de punta de vista, Pitungo apercibióse de algo que dejó en su rostro una mueca de fastidio. Se había escabullido, entretanto, del escenario en que él se complacía en mover con sus inteligentes conjeturas a los fantoches humanos, el más importante para él en esos momentos: Carlos. Otra ocasión se le escapaba de las manos, ahora que no podía acercarse a María Mercedes desde que, nuevamente, el Chino Pacheco había hecho la galante merced de atenderla...

El novio, no pudiendo dominar su impaciencia creciente, había subido a las habitaciones de Sofía para buscarla. Al llegar al primer piso, llamó a la puerta del cuarto, y su puño rudo y fuerte barajó, en el último golpe, un “¿Quién es?”, algo destemplado.

–Es Carlos, vidita. ¿No estás lista todavía? – contestó él, con sumisión nerviosa.

–Bajaré dentro de unos instantes. Espera un poco, querido. No seas impaciente...

El brevísimo diálogo había sido, en verdad, idéntico al de dos novios que fueran a consagrar su unión por vez primera. Dos novios, plenamente inebriados de la ansiedad de lo desconocido. Dos novios, envueltos con efusión en las ilusiones atrevidas y en los presentimientos enervantes. Esa escena era, pues, una completa revelación. Toda la obra de arte que realizara Sofía manteniendo intacta la ilusión en aquel hombre, estaba comprendida en ella. Y a la vez, todo el intenso amor de Carlos, trocado últimamente en pasión loca, desvariada, inexhausta, que ahogaba muchas veces sus varoniles desplantes de dueño para convertirlos en gestos de pasiva obediencia.

Al cabo de un tiempo que, por supuesto, se le antojó interminable, Carlos volvió a llamar. Su apresuramiento fue pinchado por las agujas que marcaban lentamente el paso de aquel rato. ¡Qué fastidioso era saber que sólo le separaba esa puerta de su novia, y sobre todo, del modisto que estaba dando los detalles finales a su nupcial atavío! Fueron, con ese motivo, muchas sus inferencias, y muy extrañas e inquietas...

Pero Sofía abrió por fin la puerta de la estancia. Y por un fenómeno análogo al de aquel simple hecho, la puerta de su inquietud se abrió para dar paso a la admiración.

¡Ella estaba deslumbradora!

Y una nueva florescencia del deseo surgió en él. Una nueva y maravillosa florescencia. ¡Serían nuevamente suyas las primicias de su cuerpo y de su alma! Así lo sentía en una exaltación de todas sus células, en un loco desbordar de ansias incontenibles. El traje de novia operaba para él el milagro de devolverle su perdida entereza virginal...

Y después, todo fue un raptó alocado e irreflexivo. Carlos no tuvo conciencia del momento en que condujo de la mano a Sofía al salón donde los esperaba el juez, ni de su "sí", pugnando a cada instante por salirle de los labios, ni del montón de felicitaciones que le llovió encima, y a las cuales agradeció maquinalmente, con los lugares comunes, los más comunes que podía haber encontrado.

Sólo supo una cosa Carlos en aquellos instantes solemnes: que Sofía era completamente suya, y que la había asegurado para toda la vida. ¿Conocería, según esa creencia, la felicidad anhelada? Nunca se sintiera inclinado a perseguir la misma utopía que todos; y tampoco era definido su anhelo, como el de otros, en un continuo desperezo del instinto en el gran lecho de la vida. Si deseó algo íntimamente muchas veces, ello fue el goce de una quimérica tranquilidad, de un aplastamiento de cuerpo y de alma en constante sueño de amor. Ahora parecía llegar el momento de ver realizado su deseo.

¡Qué poco humano, qué extraordinario era un querer así!

Pero, por lo mismo, Carlos había de estrellarse como ninguno contra el egoísmo de las gentes. La vida, fuerte y desnuda, lucharía contra él. Porque, como siempre, iba cubierto de la ingenua ceguedad que volvía a atar de pies y manos el ímpetu de su ataque...

Luego de terminada la ceremonia, rompió todo el salón en un murmullo. Y los caireles temblaron más frenéticamente que nunca. Y la orquesta, que comenzara con gran brío los compases de un motivo moderno, terció en aquel concierto de nervios, estridente, irritante...

Carlos y Sofía, pues, huyeron de la mordacidad que parecía conmovirlo todo. Muy rápidamente, subieron al auto que los conduciría a su nuevo hogar.

Y luego...

Aquella tarde, pesaba una atmósfera plúmbea en la salita donde María Mercedes se había recogido. El pretexto de concluir una labor, aducido por ella, ocultaba en realidad su verdadero propósito de meditar.

–Yo seré capaz de torturarme así– habíase dicho sin saberlo. –Mi fortaleza es el mejor consuelo que puedo hallar; y las reflexiones tendientes a encontrarla no deben nacer en un escenario amable, que las apaciguara por completo si fueran tristes. Hoy es el día indicado. Hoy, por ello, estoy resuelta a conocer mi verdad.

Estudiar a fondo su condición actual... Era difícil la tarea que se había impuesto la joven. Varias veces habían pensado enfrentarse con el sino doloroso que presionaba todos sus anhelos, aún los más íntimos; pero alternados deliquios de ánimo la habían obligado a postergar su decisión. Aquel día, la niebla que, soporosa, envolvía objetos y personas, era por antítesis un estímulo a su deseo de saberse.

Y por eso, luego de asegurarse que su madre descansaba tranquilamente, se había encerrado en la salita de costura. El insospechado ataque al corazón que amagara –tras la separación de Carlos– la salud todavía regular de la anciana, y más que todo sus consecuencias, la tenían inquieta. Y era inevitable que, al tratar de puntualizar esa inquietud y de formarse un plan de acción, lo hiciera en aquel recinto que había sido testigo fiel de sucesivas evoluciones de su espíritu. Aunque ella, en principio, pensó que podría derramarla, a través de la lectura del maravilloso “Miedo de vivir” de Bordeaux, en aquellas páginas, que seguramente se la devolverían serenada, impoluta, libre de toda disculpa... Y así lo hizo con admirable dedicación.

Empero, el trastrueque fue sorprendente. Sin que lo apercibiera, fue impresionándola una analogía que, poco a poco, hizo desaparecer su primitivo propósito. Y, por fin, surgió límpida. Sí; era en la mirada de su madre, torrencial de bondad; en sus palabras resignadas, las cuales, no obstante, hacían entrever ánimo enterizo y voluntad firme, y en el respiro de su sonrisa toda serenidad, toda maternidad nunca desengañada a través de golpes, ingratitudes y desprecios sin cuento, donde estaba hecho luz lo plástico de aquel modelo que, en fuerza de destilar humanidad, se arrancaba por sí solo de su estrecho marco.

La viejita era una exacta encarnación de aquella señora de Guibert, personaje raro de novela, antihumano si se miraba al mundo en términos generales; pero profundamente palpitante en razón de su misma excepcionalidad, si se la consideraba a ella en una clara y firme apreciación.

Luego de un rato de ensimismamiento, –“Es así”– murmuró. “¡Y qué desesperante es para mí no haber heredado su carácter! Mamá, que fue siempre tan enérgica, ¿cómo hubiera procedido en mi caso? ¡Pensar que yo temo hacer un sondaje en lo recóndito de mi espíritu, que temo descubrir toda mi decepción de la vida! ¡Qué despreciable es esto para mí misma!”

Y comenzó el desfile de los recuerdos, en nebulosa procesión, remontándose a veces a un pasado en que aún no tenía alentar de vida. Sólo conocía los hechos de esa época por lo que le contaba su madre... Pero...

¡con qué exaltación fervorosa la admiraba en aquellos, más aún que si los hubiera convivido con ella!

“Mamá no ha sido ni vanidosa ni impulsiva. Al casarse contra la voluntad de sus padres, lo ha hecho pobremente. El marido, al saber que ella no llevaba ajuar en su matrimonio, se ha enorgullecido de no deberle nada a su mujer, pudiendo proporcionárselo con su esfuerzo personal... ¡Qué tiempos! Ese detalle del ajuar, por el que renunciaría a su compromiso una de nuestras Mechas de hoy, la pinta de cuerpo entero”.

Y tras de aquellos, ya no se detuvo el curso de los pensamientos de María Mercedes.

“Mamá ha hecho de la verdad un apostolado. Y nunca dejó de cumplir con su convicción. ¿Cómo hizo para ello? Aun en aquellos tiempos de intenciones rectas e invariables, es una excepción su actitud, ese apartamiento de la filosofía acomodaticia del “dejad hacer”... Yo no puedo decir cierta verdad ni en ocasión de un concilio de tácticas, ni puedo volcarla lenta y pausadamente, de modo que no altere mi serenidad. ¿Por qué, entonces, no tendré yo fuerza suficiente para gritarla siquiera, para lanzarla como un chorro cálido y purificador? ¿Por qué no nace en mí una osadía capaz del bien, que me obligue, por ejemplo, a enterar a Carlos del lazo infame en que ha caído?”

Toda la salita era, en ese momento en que Mercedes desahogaba consigo misma sus debilidades, un gigantesco y gris signo de interrogación. Oscuras nubes, formando un cortinaje, habían ocultado celosamente durante todo el día la faz del sol, que por lo tanto ni en una pirueta rauda y fugaz pudiera provocar, aunque sólo hubiera sido por un momento, la efusión eterna, maravillosa, palpitante, de la alegría de vivir. Ambiente peno de melancolías era, pues, adecuado para que ella prosiguiera en sus disquisiciones.

Y así lo hizo María Mercedes, diciéndose:

–En todos los capítulos de la vida de mamá se sigue retratando esa característica de su admirable temple. No es nunca la pobre de espíritu que ahoga su protesta ante la crueldad del mundo. Es la mujer fuerte y consciente que recibe la muerte de su primera hija con estoicidad incomparable, que soporta sucesivamente el derrumbe de sus castillos de felicidad y la muerte de todas las ensoñaciones que forjara su comprensivo espíritu, lleno de mansedumbre y amor... La huída de papá, con una artista de “café-concert”, a los dos días de la muerte de su hija, no abate su energía de cuerpo y de alma. Tan miserable se reveló él al dejarse enloquecer de ese modo, que ¡cómo iba a descubrir el tesoro oculto en el espíritu de mamá! Y ella es, pues, en los momentos de prueba, renovada encarnación de una de aquellas mujeres espartanas que gritaran junto a sus maridos en las batallas decisivas, enardeciéndolos para la lucha; que dieran voto de gracia a los Dioses por la muerte de sus hijos sabiendo que habían perdido la vida por el honor y por la patria... ¡la verdadera MUJER!

“Y mi conciencia me dice que soy incapaz de imitar esa virtud que acabo de analizar tan minuciosamente... No tengo el valor de jugar a cara descubierta con la vida. Sólo sé quejarme de que ella me ha ganado la partida. Pretendo todavía una recompensa... **¿Por qué** esa imposibilidad de corregir con el empeño propio mi falta de voluntad? ¿Por qué?”

De nuevo repetía la sinfonía en gris su nota tenue e interrogativa. En la salita, los definidos objetos que la llenaban iban diluyéndose, como si quisieran acompañar en Mercedes aquel signo de infantil indolencia. Todo volvía a ser

una pregunta, cada vez más decepcionada, más pausadamente rítmica, más exenta de avizoradores acicates...

Ella había llegado por fin a las puertas de su espíritu. Y llamaba allí con aquel “¿Por qué?” implorante y débil como la primera palabra del enfermo que recobra el conocimiento después de largos días de oscuridad en su razón.

Lóbregos velos de Noche habían intensificado, entretanto, aquel tono gris, hasta transformarlo en un negro fuerte, impresionante, que semejava el de las inmensas alas del “Cuervo” de Edgard Poe. Pero el alma de la joven, sustraída por completo a lo exterior, no había sido penetrada de aquella oscuridad que intensificaría posiblemente la amargura de su pena.

Muchos “¿Por qué?” latían desde hacía tiempo en su interior nervioso y femenino. Necesitaban ser arrancados uno tras otro, en un superior esfuerzo de voluntad, para volver a María Mercedes a su habitual paz de espíritu, tan necesaria para ella ahora que había quedado sola con la viejita, sola **completamente**.

Dándose cuenta de ello, la desencantada volcó de nuevo sus súplicas en lo íntimo del recinto, inyectado de decepción y propio, por lo tanto, para acompañarla en ese coloquio histérico. Y, esta vez, susurró:

– Todavía soy joven y fuerte, y tengo plena conciencia de la armonía de mi físico. ¿Por qué se agota entonces mi vida en la desesperación de la espera? ¿Por qué no llega el hombre que cargue en sus brazos fuertes y musculosos mi alma débil como la de una niña, y le enseñe cara a cara los primeros balbuceos de amor? Yo debo tragarme este grito de carne, y mi íntimo deseo de verme posesionada, de ver bendecida mi persona de mujer por el divino soplo de vida... Acaso sea por apatía exterior de mi carácter, que me hace ridícula ante la descarada seducción de las mujeres de hoy; pero dejar traslucir esta llama de instinto que azota mi cuerpo con sus latigazos imperativos... sería para mí peor que una prostitución.

“Detrás de todo, sin embargo, veo algún omniscio mandato al que no puedo sustraerme. El Destino me ha señalado con su índice como una fracasada de la vida. Lo sé, lo preveo. Y es inútil luchar. Ya no tengo más fuerzas”...

Ahora parecía que todo el húmedo vapor que había saturado la salita se condensaba de repente, para cambiarse en lágrimas purísimas, como las dos que resbalaban por las mejillas de María Mercedes, pálidas con una palidez extraordinaria, hecha “de lirios y rayos de luna”.

La avenencia entre el dolor de su espíritu y el de todas aquellas cosas, fue pues cada vez más categóricamente expresada... Todo estuvo inficionado de debilidad.

De pronto, salvaje y rápidamente, quedó roto el tácito convenio. Fue lancinante la tortura que sintió toda el alma de la habitación al ver que su alma hermana la abandonaba. Fue lancinante y angustiosa...

María Mercedes se había quedado profundamente dormida.

SANTUARIO DE EXTRAVAGANCIAS

Cabecita esquiva,
cabecita loca,
eres roca viva...
Pero en esa roca
plantaré un jardín
de suave fragancia.
Si la tierra es poca,
mucho es la constancia
¡mi perseverancia
logrará su fin!
(Amado Nervo – El Día que
me Quieras)

AL mismo tiempo que María Mercedes desgranaba el rosario de sus penas en la soledad de la salita, otra escena de bien distinta índole se estaba desarrollando en la mansión palaciega de Carlos y Sofía.

Todavía, para él, no era el matrimonio la tan decantada “tumba del amor”. Su ingenuidad había encontrado una rival poderosa en la astucia de su mujer; y ella obtenía completa victoria sobre el inerme carácter que se entregaba ahora al amor con la misma intensidad con que antes se encastillara en la indiferencia.

Hasta en lo más mínimo, Sofía, pues, inconcebiblemente, lo había robado de sí mismo. Todo el cariño de índole puramente familiar, que antes tuviera para su madre y su hermana, era exigido también por aquella pasión sin límites. Y en sus ofrendas prodigaba él lo mejor de su alma, noble y fuerte.

Limitar, por tanto, aquella locura al corazón en el caso de Carlos era una insensatez. Porque él se había rendido por completo al querer. Su alma, el alma del que creyera saber manejar la vida, había sido tan penetrada por la racha devastadora de pasión, que poco a poco íbase transformando en un erial angustiado, silente, enorme. Sólo surgiría todo lo terrible de aquel cambio cuando la verdad desgarrara el velo de su espíritu, succionado por el grande e imponente vampiro que era el amor.

En los más nimios detalles, había metamorfoseado ella a aquel hombre. El exilio de su personalidad era completo... Parecía increíble la sumisión fanática con que aprobaba todo lo que decía o hacía su mujer.

En primer lugar, se había hecho un gran admirador de Mecha, a la que para disculpar su insignificancia calificaba de poseedora de una personalidad “exótica”. Luego, perdonaba y apoyaba siempre los deslices de Billy, el disoluto, con un manifiesto sentimiento paternal. Se había convertido, así, merced a la sugestión de Sofía, en sostenedor de una manga de parásitos que iban a corroer pausada, rítmicamente, su pureza de espíritu.

Uno de los caprichos que le impusiera su esposa con mayor tenacidad y que él, por supuesto, satisfizo en cuanto le fue posible, consistió en la decoración de uno de los salones de la casa al gusto exclusivo de ella. Aquella habitación debía ser íntima. Y allí se recogería la inspirada para cantar sus salmos de bendición a la vida, para impresionar su sensible retentiva con diversas visiones estéticas... O simplemente para aislarse, como suelen hacerlo los espíritus originales, y gustar de la extraña sensación de NADA.

Así como ella lo había declarado, lo creía Carlos.

Y antes de realizarse su proyecto, ya había denominado Sofía de acuerdo con su idea a la nueva sala. La llamaría, en singular antítesis, “mi santuario de

extravagancias"... El título daba desde ya, clara y paladinamente, una impresión de definida pelea entre los dos términos, como si revelase las contradictorias facetas de su ente extraño.

Cuando estuvo contemplada la obra y Sofía pudo admirar el salón alhajado por completo, se bañó su espíritu en un éxtasis de éxtasis, con múltiples vislumbres y sugerencias inefables.

El santuario era tal como lo había soñado.

Sobre la vestidura roja de sus paredes, roja como el chorro de sangre de una desfloración, insinuaba su cántico de belleza el más contradictorio conjunto de objetos de arte que pudiera imaginar un espíritu orate.

Primero, surgía a la vista una alucinadora concepción en dos tonos opuestos: el conjunto formado por un mármol desnudo sobre la piel negra que ocultaba por completo al basamento. La escultura, de la escuela francesa moderna, pertenecía a Carrier-Belleuse, imitador fiel de los artistas griegos de la buena época.

La leve sugerencia de estetismo era cortada, inmediatamente, por una impresión violeta. Un diván de terciopelo azul, largo e inverosímil, cubierto por telas doradas y gasas de una rara tonalidad de ámbar, invitaba sin reticencias a una laxitud en la cual Eros intentaría de seguro tomar parte, con absoluta seguridad de triunfo. Era un grito de siglo veinte...

Pero prosiguiendo la recorrida visual, el ánimo quedaba apaciguado en los aledaños ángulos del muro, sobre los que se apoyaba una vitrina antigua cuidadosamente trabajada. Ahora el espíritu era, únicamente, curioso.

La verdadera expresión de extravagancia estaba constituida allí por lo heterogéneo y lo violento. Objetos y joyas de todas las épocas y edades, imitados expresamente por orden de ella de los originales dispersos en los museos, se veían extraños y molestos, de seguro, al hacer resaltar los unos las características de opuestas de los otros.

En rápida mirada se apreciaba, entre las muchísimas preciosidades que adornaban la vitrina, la áurea armonía de dos diminutos sistros egipcios, con extrañas figuras y cabezas de animales como ornamento. Enseguida, descubriendo el arte de la primitiva orfebrería romana, brillaba una diadema con multitud de adornos engarzados que figuraban flores, máscaras y botones, y además ocho coleópteros de ónix. Hermosa porcelana de Sévres era la familiar continuación. Pero de inmediato volvía a satisfacerse la curiosidad al contemplar la incisión manifiesta en la aguda punta de un puñal persa, con la hoja en forma de hierro de lanza, y el antiquísimo de la aljaba de guerrero babilónico, reforzada con tiras de metal en las orillas, chapeada de planchas de oro y ornada de varias labores de vistosa tonalidad, que entre todos los objetos era el que tenía más particular olor a museo.

Además, entre una fitora siberiana y una medioeval plaquita con la figura de un ave, exacta reproducción de la encontrada en la tumba de Gisulfo, sobrino de Albuino, dibujaba la delicadeza de su concepción un moderno "bibelot" chinesco, pleno de atrevimiento...

Y una urna ventruda de metal demostraba luego, al mismo tiempo que la admirable prolijidad de la labor sidonia, su gusto bárbaro y cargado. No era propiamente, como algunos de los otros que lo acompañaban, un objeto de vitrina aquella vasija llena de adornos plásticos que representaban cabezas de

reptiles y figuras humanas; pero había sido incluida entre la colección de curiosidades sólo por el trabajo que demandara su realización, ya que los únicos modelos posibles eran imágenes esculpidas.

A su vez, las dos maravillosas fuentes de civilización de la edad antigua (y en esta antonomasia sólo caben Grecia y Roma), estaban representadas respectivamente por una ajorca en forma de aro, adornada con una piedra preciosa, que poseía toda la flexibilidad y la gracia particular que los plateros helenos imprimían a los aderezos, y por una estatuilla rudimentaria de una romana plebeya, vestida con la holgada estola que no dejaba entrever la **ethrophium** sostenedora de los senos.

El salón íntimo estaba alumbrado de un modo muy original. Sólo una lámpara de pie, velada con encaje negro, sustentaba sombría luz en el aposento. Después, por encima de cada cuadro o estatua, había una lamparilla eléctrica que, dispuesta con mucho ingenio, la iluminaba a voluntad convenientemente, haciendo resaltar sus perspectivas pictóricas o escultóricas, según el caso.

Así, cuando Sofía gustaba embeberse en la contemplación de una obra, haría resaltar con un baño de luz las bellezas de su estructura, destacándola de aquella penumbra. Ella lo hacía dilectamente con una copia exacta del “Venus y Adonis”, del Veronés, existente en el Museo del Prado. Pero en verdad, no hubiera sabido explicar con precisión de qué clase eran las sugerencias que le despertaba el cuadro.

La habitación estaba completada, además de una mesita Luis XV que contenía bien trabajadas miniaturas, y un gran tapiz persa de dibujo perfecto, por algunos objetos de timbre moderno, con la policromía extraña y el no menos extraño alargamiento de formas que define el gusto de hoy. Una muñeca de paño, escuálida y rarísima; y profusión exagerada de almohadones, de diversas especies, calidades y formas, eran algunos de esos esquemas de arte futurista.

Y había además inúmeros detalles de orden íntimo, que revelaban sin embargo al observador algo de la tendencia uniforme a la que parecía inclinarse el gusto de Sofía.

Tal era el santuario de extravagancias.

Allí, en el politécnico recinto, tuvo lugar la “escena de bien distinta índole”.

Mecha había llegado por la mañana, con el propósito de pasar el día junto a Carlos y su esposa. Recién se había terminado la decoración de la sala, y era indudable que la joven venía impulsada por femenina curiosidad, pues, ciertamente, poco supo disimularla.

—Déjame admirar tu santuario, Sofía... Estoy loca por verlo— había dicho a su hermana con el mimoso acento que le era peculiar.

Esta, no obstante, no le permitió la entrada, pretextando que aún faltaba arreglar ciertos detalles. Sabía que la joven era poco observadora y que, si satisfacía en seguida su antojo, estaría aburrída antes de terminar la revista a todos los objetos.

En cambio, se valió de un recurso muy inteligente. Esa tarde tendría que salir a hacer pequeñas compras. Entretanto, dejaría a Mecha libre para

penetrar en el saloncito, dándole la ocasión de tomar la llave de oro que ella guardaba y sin la cual era imposible abrir las puertas del aposento.

Así estaba segura de que Mecha observaría cuidadosamente los cuadros, esculturas y curiosidades. Con el tiempo, habría aumentado en ella el deseo de invadir sus dominios íntimos, y por lo tanto tardaría más en satisfacerlo, examinando con mayor detención las cosas que ornaban la sala.

La previsión de Sofía fue cumplida con asombrosa exactitud.

No bien ella se despidió, dejando de propósito la llave sobre la mesa de su “toilette” de laca, su hermana la tomó y se dirigió al saloncito decidida a penetrar en él.

—¡Hola, Mecha!

Esas palabras, que sintió en el momento de abrir la puerta, la sobresaltaron con la nerviosidad del culpable cuando se ve sorprendido.

Pero se calmó muy rápidamente: y ni Pitungo Álvarez —que era quien la había saludado en esa forma familiar— percibió la sorpresa que descompusiera por un minuto el rostro burlón de su amiga.

Nada de grave y trascendente tenía, en realidad, aquel acto. La joven lo comprendió así y dejó traslucir por fin su tranquilidad iniciando la conversación en la misma forma que de costumbre.

—¿Qué cuenta de nuevo, **moscón**? ¿A qué debemos su **grata** visita?

—Al deseo de verla, Mecha. ¿Y ya empezamos con el tonillo de siempre? Vengo de casa de su mamá. Me dijeron que la encontraría aquí.

—Pues se puede decir que esta es la única ocasión en que Vd. no resulta inoportuno...

—Muchas gracias.

—... porque deseo que me acompañe en una verdadera profanación. Qué; ¿se asusta o renuncia al cargo?

—No, Mecha. Pero es que sus cosas me toman tan de improviso... Explíqueme primero qué es esa **profanación** que nombra Vd. con tanto misterio.

—Simplemente, que voy a visitar un saloncito que Sofía ha alhajado según su capricho, y que llama su “santuario de extravagancias”. Acompáñeme, Pitungo. Le tengo muy poca fe como “cicerone”, pero...

—Allá vamos.

—¡Qué oscuridad hay aquí! ¿Dónde estarán las llaves de luz?— fueron las primeras palabras que pronunció Pitungo al encontrarse en el “santuario”, no sin desaprovechar la ocasión de tomar a Mecha por el talle y besarla locamente en el cuello, en la nuca tentadora y aún en aquel mórbido nacimiento de los senos ante el cual se había contenido siempre a duras penas.

—¡Atrevido! ¡Se habrá visto insolencia igual!— la oyó contestar, roja de ira, en el momento en que, acompañando el acto al verbo, le estampaba ella una soberana cachetada en el rostro.

–Perdóneme, Mecha, por favor. No supe lo que hacía. Pero le prometo que esto no volverá a suceder... si Vd. me da de una vez el “sí” que al final saldrá de sus labios, porque... porque **tiene** que salir.

La oscuridad humedeció las palabras de Pitungo, lugares comunes como de “villano” cinematográfico, y las llenó de un calor íntimo, tierno, que dio visos de arrepentimiento a su disculpa torpemente forjada.

Impresionada por ello, Mecha acordó desde ya en su interior un perdón tanto más espontáneo cuanto que ella, en el preciso momento de los besos, había hecho muy poca resistencia. Pero justamente en ese instante, tanteando la pared, encontró la llave de la bombita eléctrica que iluminaba la escultura francesa y se hizo la luz.

El débil rayo que aclaró apenas la penumbra del aposento, reveló en el rostro de Pitungo una extraña sonrisa, que su amiga no supo interpretar en su sentido exacto. Pero bastó el orgullo de triunfador que hinchaba todos los músculos de su cara para impulsarla a persistir en su opugnación.

Por eso insistió Pitungo:

–Mecha, contésteme algo... Diga que olvida lo que hice en un mal momento, sin saber cómo. ¡Dígame que volveremos a ser los amigos de siempre!

–En verdad, no lo merece Vd. Pero voy a ser compasiva ante su miedo de que yo no lo llegue a perdonar y voy a olvidar esto... Hablemos, pues, de lo que se presenta a nuestra vista.

–¡Pero es lo que menos me interesa! Tú lo sabes muy bien. Escúchame ahora, una vez más, y en serio. No quiero que me contesten tus labios con propuestas burlonas... Ni quiero que sigas fingiendo una indiferencia que es imposible que exista. Tú no tienes el derecho de jugar así conmigo. Te ruego que te sientes en ese diván y me atiendas por un momento tan solo.

–Bueno, Pitungo, tendré paciencia de nuevo. Ya está encendida la luz. Pero... ¡qué débilmente alumbra esta pantalla! No se queje, porque lo favorece a Vd. Supongo que la media luz lo ayudará a mentir con más arte.

Se rebeló Pitungo ante la apreciación injusta. Desde aquel diálogo en el casamiento de Sofía, la situación había sufrido un cambio radical. Ya no era en él el capricho de obtener aquella tentadora mujercita para arrojarla después al lodazal del olvido donde sepultara él tantas otras que habían caído en sus redes por inconsciencia, por lucro o por el imperativo categórico del genio de la especie. Ahora se había apoderado de su espíritu una especie de vértigo peligroso e irresistible, una necesidad de posesión que...

¿Sería aquello amor? Ni pensarlo quería Pitungo. Era algo parecido a lo que impulsa, como el pánico inesperado al rebaño de asustadizos corderos, a muchos hombres al matrimonio. Pero de todos modos, él, que consideraba a su sexo triunfador aureolado de despotismo, como rey que todo lo puede sobre la feble naturaleza de la mujer; él, para el que todas las que desfilaran ante sí habían sido objeto de satisfacciones y goces inolvidables, pero nada más que **objeto**; él, ¿enamorarse? ¡Nunca!

Aquello no quitaba de que fingiera admirablemente todo lo contrario, quizá presintiendo el cálido tufo de la hoguera que empezaba a arder en su pecho.

–¿Pero cómo puedes decir que te miento? ¿No ves que tu resistencia me enloquece, que te necesito, que te quiero? Una negativa tuya, ahora, me haría llegar hasta el crimen.

—¿Conque ahora formamos escenas de “guignol”? No pretenda asustarme con amenazas, Pitungo. Buenamente le diré ahora la verdad de todo. Me ha vencido su cariño; terminó con mi orgullo, con mis costumbres, con todo... ¡Y por eso mismo le tengo tanto miedo! Para que yo llegara a casarme con Vd. tendría que estar muy segura de su afecto. Todavía, pues, a pesar de esta claudicación, no estoy ni remotamente decidida a abandonar mi libertad.

—Mecha, tus palabras me han vuelto a la vida. Deja que saboree en silencio toda la felicidad increíble...

Y esta vez, sin protestas de ninguna clase, un ósculo más confundió voluntariamente dos bocas y dos almas en suprema síntesis de dicha.

Pocos momentos después, Sofía, que más pronto de lo que pensaba regresara a su casa, encontró a Mecha y Pitungo en su “santuario de extravagancias”.

Nada denotó al entrar ella la naturaleza del diálogo que había sostenido su hermana y el amigo de ésta; por eso, confiada en que los unía la fraternal **enemistad** de siempre, no dio importancia al hecho.

Los saludos acostumbrados y las preguntas sobre la impresión que había causado a Pitungo la idea de Sofía, contestadas con evasivas siempre ingeniosas —porque realmente no había tenido tiempo él de examinar todo aquello— no dejaron tampoco en el ánimo perspicaz y analítico de la esposa de Carlos ninguna sospecha, por más leve que fuese.

Y Sofía entabló pues con los arriesgados “profanadores” de su santuario una plática fútil y amable. Siempre le había gustado charlar con Pitungo porque sus discusiones con él eran verdadera lucha de ingenios. Ella intuía en todo momento en el audaz “causeur”, un observador fino, irónico, procaz. Bordaba comentarios el muchacho sobre todo el horror de aquella sociedad putrefacta y corrompida con una preclara visión de las cosas, en chispazos intuitivos, que en un tratado de su ontología hubieran sido el mejor epígrafe, y que guardaban semejanza tan estrecha con sus propias apreciaciones.

En el momento en que ambos habían llevado con facilidad de triunfo el comentario de un hecho escabroso del momento a su conclusión final, ayudados muy pobremente por Mecha, entró una de las criadas y anunció a Sofía:

—En el “hall” espera el señor Rodolfo Téllez, que desea hablar con D. Carlos.

—¡Téllez! Desde que me casé no lo he vuelto a ver... ¿Qué me querrá? ¿Volverá a molestarme con sus pretensiones como lo hacía cuando era soltera? — monologó ella para sí, muy prontamente. Y lo hizo sin dejar que trascendiera su nerviosidad, con el arte admirable con que siempre había disfrazado sus emociones, aunque fueran de ínfima importancia.

—Hágalo pasar de inmediato— ordenó enseguida a la sirviente en voz alta, sin tiempo para reflexionar que no era conveniente que Téllez hollase la intimidad de su santuario, como lo habían hecho Mecha y Pitungo que, al fin y al cabo, tenían mucha confianza con ella.

Cuando reparó en esa circunstancia, demasiado tarde porque se había distraído pensando en el nexos que existiría entre aquel “deseo de hablar con D. Carlos”, y el verdadero deseo, cuyo presentimiento la inquietaba desde ya, de

verla a ella, ya estaba Téllez en el saloncito. Sofía lo recibió con su amabilidad de siempre. Y muy pronto se inició una conversación general en la que le fue imposible a ella arrancarle, en algún gesto imperceptible, en un movimiento reflejo o una mirada delatora, la expresión de sus verdaderos propósitos.

El adversario era tan impenetrable y astuto como ella misma.

MUERTE

QUÉ hacías sola con ese hombre en tu “santuario”, ¿cómo le llamas? –
Resució Carlos a la cara de Sofía en cuanto se fue Téllez. La actitud resuelta parecía insólita en él, que cuando se trataba de su esposa era todo infantil debilidad, desmayada y pernicioso languidez de ánimo, pobreza volitiva.

–Carlos, Carlos... Esperaba esos celos de chiquillo mimoso. Yo tengo la culpa de todo esto, por haberlos fomentado. Pero me resisto a creer en tu pregunta. Es una ofensa demasiado cruel por el solo gusto de que te repita, una vez más, que todo mi amor es para ti, que toma cuerpo en ti, que...

–No me satisface esa disculpa. Y menos, tratándose de ese tipo. Es necesario que me descubras qué intenciones traía. ¡Si está a la vista que es un pretexto lo del pretendido negocio conmigo!... Espero que hables, pues.

–¿Y qué quieres que diga? Sorprendí a Pitungo Álvarez y a Mecha en una furtiva visita a mi saloncito; llegó Téllez y, sin reflexionar, lo hice pasar allí. Luego, al irse Pitungo, Mecha lo acompañó hasta la puerta, quedando de esa manera obligada yo a continuar platicando con la visita. Y no habría pasado un minuto, cuando viniste tú y...

–Sofía, no te quejes de que no te he puesto en guardia. Hasta ahora me pareció innecesaria la prohibición de que hablaras a solas con ningún hombre. Es esa una idea que debe de surgir espontáneamente, cuando el terreno del alma es fértil y limpio. Pero ahora la advertencia está hecha. De este modo, nos evitaremos ambos una violencia inútil como ésta por la que pasamos.

–Está bien. Ya veo cómo aparecen en ti las inquietudes del obseso y las tiranías del déspota... Por ahora, creo que basta para ellas una reacción leve. A las sospechas infundadas se las diluye en ironías sutiles... Pero el día en que sean mayores los efectos del tósigo, acuérdate de que serán mayores los efectos del contraveneno. ¡Cuidado con las heridas del amor propio!

–¿Estás loca? No pretendas aumentar mi mortificación con ese acento mordaz. Te lo ruego... ¿Para qué dar al hecho más importancia de la que tiene en sí?

–No es mía la culpa de que delires de ese modo. ¿Entonces? Y ten en cuenta que te lo perdono porque te quiero. Pero, ¡concluye con esas sospechas ridículas! Solo consigues insultar mi cariño de ese modo. ¡Basta ya!

–Es lo que quiero, Sofía... Nunca podré darte exacta razón de lo que representas para mí. Tan eres mi todo, que si vieras cómo he sentido ahora, en carne propia, el desgarrón de tu alma! Compréndeme, perdóname.

Otra vez gritaba con desmayado acento el débil espíritu que lentamente había ella infiltrado en aquel recio temple de gladiador, a la manera como el artifice oculta la tela de valor incalculable con un baño exterior de colorido, para realizar impunemente un contrabando.

Más en aquellos modos de sustituciones había prima y disímil distinción. En el cuadro persistía el fondo verdadero, que un día habría de salir a la luz por prodigio de sabio efecto químico. En la entidad psicológica de Carlos sólo había quedado, como despojo, el nervio muerto de su espíritu desecho.

–Perdóname, Sofía...

Grito gemebundo y exánime, era aquel “Perdóname” suma expresión del espíritu eunuco. Allí Sofía, con su fascinación y su arte de simular, aparecía como una nueva Dalila. Ya había conseguido cortar a su Sansón los largos cabellos, síntesis en él de fuerza y vigor ciclópeos. Por ahora podría estar tranquila; no presentía, como no lo presintió su sabia antecesora, que en la voluntad del Sansón crecerían hebras de pujanza nuevamente. Ni menos que, tonificado de ese modo su espíritu e inyectada de luz su razón, habrían de derrumbarse los muros de aquel templo de falsía y astucia, arrastrándola esta vez a ella también.

Por eso contestó con expresión sumisa:

–Sí, Carlos. Yo también deseo de todo corazón que olvidemos ambos esta disidencia.

En el mismo momento, Mecha entraba corriendo, con expresión asustadiza. Y de inmediato dijo a Carlos, con un ligero temblor en la voz, la causa de su sorpresa.

–Acabo de recibir un mensaje de María Mercedes. Ella pide en él que no se intranquilicen... Pero su mamá está muy grave; ha sufrido un ataque al corazón, según parece.

–¡No! ¡Es mentira eso! Mercedes miente por no afectarme de golpe... Mamá ha muerto! ¡Lo siento, lo sé!

Carlos dejó traslucir toda su violenta impresión en aquel angustiado y desgarrador presentimiento. Y cuando miró el rostro de Mecha, comprendió que aquello era verdad. Entonces, como un loco, comenzó a acosarla a preguntas.

–¿Pero es cierto, Mecha? ¿No me engaña Vd.? Dígame, se lo ruego: ¿falleció ya la viejita?

La silenciosa respuesta de ella fue la palabra más elocuente, más natural. No cabía duda ya de lo irreparable...

Carlos, convencido al fin, no pudo dar término a la expresión de su pensamiento. Un estertor convulsivo, que no era sollozar, ni hipo nervioso, ni lamento histérico, lo sacudió de arriba abajo, en repetidos orgasmos.

Y Sofía, acercándose a él, sopló entonces en las órbitas de su alma, hinchadas por el dolor, unas palabras que querían provocar en ellas el dulcísimo y benéfico riego de las lágrimas.

–Carlos, no te pido que te tragues tu pena. Pero sí exijo que la desahogues llorando, acompañándome también en este dolor. Por tu bien, haz lo posible.

–Es que no puedo llorar, Sofía... ¡Qué horrible es esto! Parece como si uno tuviera el alma de piedra, y la golpearan a martillazos, brutalmente. Y, ¡el destino! ¿Quién iba a decirlo, un momento antes? Es que no puede ser: tan brusco, tan inconcebible...

–Ten serenidad... Eres un hombre.

–¿Y eso quiere decir que yo no he de sentir?

–Sí, pero piensa en María Mercedes. Vamos, vamos a consolarla. Esta inercia convulsiva acabará por enloquecerte.

–¡Pobrecita! ¡Ella sí se queda sola ahora! –Tienes razón. Vámonos enseguida. ¡En qué desesperación no estará!

La certidumbre terrible necesitaba quedar atrofiada aunque fuera por ese momento. Era cosa de volverse loco, si no, como le había dicho Sofía. Y Carlos encontró sin imaginarlo en el recuerdo de su hermana, de su gran pena, de su gran soledad, el recurso. Cuando despertara, renovada y desnuda, sabría recibirla con el pecho descubierto, con la frente erguida y la mirada de águila.

.....

La viejita se había agostado tranquilamente. Tal como se desarrollara su existencia, en perpetuas gestas de bien y de nobleza.

Y allí estaba, desparramando paz por sus facciones, que el paso de los años había consumido. Allí estaba circundada de un divino fulgor de luz, irradiando como siempre resignación bondadosa por entre aquella amontonada infinitud de flores que la rodeaban y que sugerían, junto a la horrible realidad de la muerte, el contraste violento, juvenil, espontáneo, de vida y color.

Allí estaba durmiendo sin hambre de sueño, mas sí con una grande sed de infinito. Cerrados por siempre los ojos del rostro y del alma, pero no sumergidos en total himnalismo, sino en semivelada y presciente inquietud. Así desaparecía ella del escenario que animara muy pobremente con su sonrisa apagada y su mansedumbre característica, pero en el que dejara esparcido un ligero vientecillo de humildes afanes... Tal los que plasmó el asceta en sus versos:

“Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero...”

Allí estaba la muerta, haciendo como que dormía.

Un antiguo mal del corazón había ido minando poco a poco su organismo fuerte y sano. Hondas y arraigadas pesadumbres, a manera de estalactita, lo crearan...

Y ese atardecer, María Mercedes habíala hecho acostarse más temprano que de costumbre. Al rato, se dio cuenta de que era la hora de la medicina, y acercóse para despertarla, creyéndola levemente adormecida. Le tomó una mano para recordarla, suave como siempre, con un palmoteo tímido y solícito. Mas esta vez la mano estaba fría, con frialdad aún más helada que la del mármol. Con una frialdad que le traspasó el alma...

Dulce y tranquilamente, así se agostara la viejita. En silencioso y apetecible tránsito del sueño de la vida al de la muerte; sin un quejido, sin una exteriorización de rebeldía hacia lo desconocido, como nunca la tuviera para con la vida.

Pero no, no podía creerlo Mercedes por más que lo gritara la frialdad espantosa. No, no era posible que, a pesar de estar todos preparados para ello, hubiérase ido la mamita con tan glacial e inconsciente indiferencia, sin avisar que los abandonaba para siempre, sin darles el último beso con el último aliento...

El choque la dejó aletargada por algunos minutos. Largos y breves minutos, en los que se iba elaborando en su alma una sensación parecida a la de la locura. Y aquella sensación debía de estallar en alguna forma; porque su mutismo y su desgaire eran lo más impresionante del cuadro...

Sí. Por fin María Mercedes llamó a los sirvientes con un grito desgarrador. Su desesperación no estaba exenta, sin embargo, de un como latente e

imposible anhelo de que la desmintieran, sacudiéndola para hacerla volver en sí... Porque todo aquello no parecía hasta entonces sino un sueño, doloroso, terrible, pero sueño a pesar de todo.

Reacia al llanto, como Carlos, quedó enterrada desde ese instante en tabífica idiotez. Tendría que sobrevenir una crisis. Solamente así podría verse libre de aquella garra fatídica de dolor que amenazaba entenebrececer su razón.

Ninguna idea trabajó e su cerebro embotado hasta el día siguiente, en el momento en que retiraban el ataúd para llevarlo a la mansión póstuma.

También pudo entonces romper Carlos en llanto.

Toda la casa se pobló de gritos. Todas las paredes se estremecieron en el instante de la partida con un escalofrío terrible... Y hasta el comedor, que riera todo el tiempo escandalosamente, al son de la "jarana" improvisada allí por Mecha, Pitungo y otros amigotes, cerró sus enormes mandíbulas en un bostezo de decepcionado respeto.

Sólo disonó en el fúnebre conjunto la actitud de Sofía, que una vez más era artista; hasta en el sarcasmo de herir con una farsa la religiosidad del dolor.

Para una persona perspicaz, enseguida denotaban aquellas lágrimas descoloridas su asombrosa facilidad para provocar el lloro abundoso, aunque no sincero. Pero Carlos, con ello, se convencía únicamente de que el sufrimiento había hermanado sus almas, uniéndolas de nuevo en un fuerte y templado consorcio.

La viejita se había ido para no volver...

Y la salita gris estuvo más gris que nunca.

DESOLACIÓN

EL Tiempo mitigó la pena de ambos hermanos, en distintas proporciones y sentidos. Una vez más, el Gran curandero usaba del olvido como de maravillosa triaca para los humanos dolores.

Y tres meses después del fatal suceso, María Mercedes abandonaba el caserón solariego para refugiar su soledad en una casita clara, pequeña, alegre. Deseábala bañada de sol, para que obrara en su espíritu a la manera de suave y exquisita melodía. Y pequeña, para que despejara brozas en el sentimiento, refrescándolo con un consuelo inefable.

Carlos, por su parte, había reaccionado pronto del doloroso marasmo de los primeros momentos. Refugióse pues, en los brazos de Sofía, con la temerosa unción del niño que ve en su madre la unidad suprema de amor, la fuente inagotable de vigores y nuevos afanes.

La muerte de la viejita había hecho renacer y hasta fortalecer, aunque débilmente por cierto, la fibra de su anterior estirpe espiritual. Pero amplia y constantemente abierta su alma a todos los vientos de amistad, de solicitud, de cariño, que lo llamaban en distintas direcciones, sólo había reconocido por último una voz. Una voz que sonaba tan fascinante y circeica como la de la Sirena de los áureos cabellos y del bruñido espejo de quien nos hablan leyendas remotas... Una voz de hechizo, de embrujo inefable.

El reaccionar de un minuto no fuera suficiente para ahogar la fortaleza de aquel imperio. El arrepentimiento de Carlos por el abandono en que había tenido últimamente a la viejita, abrió, con rudo golpe, la vena de su dolor. Mas he aquí que, poco a poco, cerraba la herida, y volvía el canto de los cantos a deslumbrarle los sentidos con las embriagueces de su ritmo.

En María Mercedes, por el contrario, se había acumulado intensidad de rebelión, y no perdonaba. No perdonaba a la Vida todas sus miserias y sus crueldades. No perdonaba tampoco a la Muerte su mala acción, acción de ladrona furtiva e inexorable. Y menos perdonaba a Carlos su desvío, su ciega inconsciencia.

Era profunda la garra que la pena había hincado en toda su persona... Ya el organismo estaba predispuesto, en una inquieta morbosidad de decepciones y de hambre de vivir, a la úlcera incurable; y ella se había dejado herir en lo profundo del ser con un éxtasis de desespero y de deleite, complejo y absurdo a la vez.

Había encono latente, pues, entre ambas naturalezas, unidas siempre en buena armonía. El acuerdo sutil de las almas hermanas se convertía en divergencia. Y éste era el triunfo de Sofía; éste era el fruto de su paciencia y cálculo extraordinarios; éste el resultado de la obra en que se empeñara desde el primer momento.

.....

Cierta tarde, fue Carlos a visitar a su hermana. Era un triste día de otoño: triste con esa tristeza suave y quejumbrosa que lo llenaba de satisfacción, por concordar con un no sé qué que aleteaba en el fondo de su ser; algo tan inescudriñable como contradictorios son los impulsos de la Psiquis.

En uno de esos días estaba Carlos bien dispuesto, ágil de cuerpo y espíritu. Nada había para él de malo en el mundo y se sentía pródigo de generosos impulsos...

Su hermana, por el contrario, estaba encrespada por el enervamiento del día gris. No habían disminuido en un ápice los efectos de las interminables tardes de plomo sobre sus nervios desde aquella en que la salita de costura fuera confidente de toda su miseria. Por el contrario; con el dolor albergado en su alma, omnipresente y dominante, los desmayos de la Naturaleza la irritaban, produciéndole una rabia sorda.

Distintos impulsos; fuerzas concurrentes y contrarias; estados de ánimo que se desconocían el uno al otro, era indispensable y fatal que chocaran. Y que chocaran violentamente.

Ya el saludo de María Mercedes a Carlos había dejado entrever el veneno amarguísimo que, gota a gota, se preparaba a destilar en el espíritu de su hermano. Goce complicado y perverso el suyo. Ansia de que él se contagiara de su mal y abriera los ojos a la realidad espantosa de la vida.

—¿Cómo estás Carlos? ¿Sigues tan feliz como siempre?— fueron las palabras, aparentemente bien intencionadas, con que Mercedes inició la conversación.

—Por supuesto. Sofía es la misma de siempre para conmigo. ¿Y tú? Ya supondrás a lo que vengo...

—¿Y no se te ha ocurrido suponer que obtendrás la negativa de costumbre?

—No, porque esta vez he venido con la esperanza de que accedas. Hoy exijo nuevas razones para que me convenzas de que es imposible lo que te pido. Porque ¿qué necesidad tenías de haberte venido a vivir aquí? Tú, una muchacha criada al calor del hogar, sola en esta casa, en vez de acompañarnos, sabiendo que estarás rodeada de afectos... Incomprensible.

—Te conozco muy bien, y por eso te lo agradezco de todo corazón. Estoy plenamente segura de la sinceridad de tus palabras... en lo que a ti respecta. Pero en cuanto hace a Sofía, para ella seré siempre el estorbo, la “pobrecita”, como sé que me dicen tus cuñadas.

—¿Por qué disparatas en esa forma, María Mercedes?

—Tú exigías nuevas y convincentes razones. Pues ahí las tienes. ¡Uy!... ¡si habré estudiado la situación y recopilado detalles sugestivos sobre la “infinita bondad” de tu mujer!

—Pero vamos a ver: ¿qué te ha hecho la pobre de Sofía? ¿Por qué descargas en ella tu desencanto y tu dolor?

—No le achaco solamente a ella la culpa de mis desventuras. Pero su falsedad me dio el golpe de muerte, en un momento en que mi intuición estaba oscurecida por la pena y en que no tenía ninguna esperanza ya. Demasiado te darás cuenta de que si hay este distanciamiento entre nosotros, es porque ella lo ha creado. Ella inoculó en tu mente sin que te dieras cuenta una idea pobre y malvada de mí... No puedo llamarle chismes a sus procedimientos. Sólo sé que tuvieron por objeto el que muriera mamá con un gran desconsuelo.

—¿Qué? ¿Qué dices?

— Sí, el de saber que su hijo ya no era el mismo para ella. Pero, en cambio, puedo llamar claramente **desprecios** a las actitudes absurdas y bajas que ha tenido Sofía para conmigo. Lo peor es que lo hizo únicamente por demostrarme que nunca podría alternar con las **distinguidas** de Shaw

González... Y así, ha buscado pretextos estúpidos que decían bien claro sus intenciones, sólo por eludirse de salir conmigo. Me ha humillado con sus hermanas cuando tú no estabas presente, porque yo nunca quise adoptar sus costumbres de mujeres galantes, o más bien dicho, de "chicas modernas"... Y ha llegado hasta el colmo de hacer que no reparaba en mí, al encontrarnos en plena calle. ¿Qué te parece? ¿Todavía insistes ahora en que vaya a vivir con Uds.?

–Mercedes... Es inútil que pretendas que yo crea semejantes infamias. No te permito que te expreses de Sofía ni un minuto más en esa forma. Tú le tienes envidia... Y la envidia hace ver visiones.

–¿Envidia, yo? No será seguramente por ese orgullo estúpido e infundado que es el guía de todas sus acciones. Ni tampoco porque ella haya logrado casarse... pero ¡a qué precio!

–¡Precisamente esa es la envidia que te consume! ¡La de saber que ella supo vibrar al conjuro del amor, olvidando prejuicios ridículos! La de saberla todopoderosa mujer, mientras que tú ves consumirse tu vida en una estéril inutilidad, ¡por no haber podido ponerte a esa altura! ¡Es esa envidia la creadora de tu inquietud, de tu perversa inquietud! Al fin y al cabo, si te hubieras entregado a un hombre... Ahora serías una verdadera mujer, ¡una mujer completa, a su lado! Sabrías ser la compañera de ese hombre, y no una solterona envenenada; ¡no lo verías todo a través de un prisma creado por la sobreexcitación de la carne insatisfecha!

–¡Carlos! ¡Tú! ¡¿Es posible que tú hayas dicho semejantes cosas?? ¡Qué asco! Ya estás contaminado de la podredumbre moral de todos ellos...

–Te he dicho cuatro verdades crudas. Nada más

–No quiero ni pensar en ello. ¡Canalla! Tú, tú también ahora... ¡Era lo que faltaba!

Desatado el caudal de sus palabras amargas, María Mercedes no trató de contenerlo. Y su apóstrofe exaltado fue a herir nuevamente a Carlos, reabriendo la cicatriz.

–Puede ser que vuelvas arrepentido; puede que regreses cuando te des cuenta de que tuve una visión clara de las cosas. Pero entonces, vas a encontrar mi alma seca ya.

“No lo olvides. La mujer que se entrega a un hombre, sea o no después su marido, está siempre cerca de la tentación”.

“Ojalá repares en mis palabras. Con la muerte de tu cariño se acabó mi confianza en el mundo... Ahora sólo odio a todos, y sobretodo te odio a ti, por lo ciego, por lo estúpido, por lo débil... ¡Canalla! ¡Bien que lo eres ahora, y bien que puede estar ella orgullosa de su obra!”

.....

Desolación, desolación era lo que restaba en el alma de María Mercedes después de la escena terrible. Desolación era el sedimento que dejara la vida a través de luchas constantes en su naturaleza buena por esencia y por sistema. Naturaleza que, fraguada a golpes violentos en el enorme yunque orbicular, se había maleabilizado a fuerza de choques...

Desolación; único horizonte en que se sumergía su espíritu adusto, que antes fuera infantil por no estar templado en combates de vida y de sexo.

Desolación y aridez sólo serían con ella desde entonces. La vida lo había querido así. Su dictamen era ineluctable...

Y en ella se había desatado esta convicción en llanto. En un llanto que, como derrumbe de una vida, como grito hiriente que proclamara su convencimiento, llegaba a la penumbra del alma haciendo vislumbrar el fin.

Un minuto más tarde se retiró Carlos, torvo y violento. Y clausuró el diálogo con la interjección de fastidio contenida tácitamente en un portazo.

En un rincón de la pieza, Morrongo jugaba con un ratoncillo. Ajeno entretanto a todo lo que no fuera la satisfacción de su salvaje instinto, lo tiraba por el aire, le daba zarpazos suaves y felinos. De cuando en cuando, se complacía en alimentarle la ilusión de una escapatoria. Pero cuando sintió el portazo estiró su garra y apretó hasta que el animalito fue una cosa inerte, una cosa sin vida.

QUE quieres aquí? ¿Qué es lo que pretendes, desvergonzado?

Las interrogaciones de Sofía no dejaban lugar a dudas. Violenta y enérgica, se erguía ahora contra Billy. El insoportable gastador molestaba de continuo a su cuñado con pedidos cada vez más frecuentes. Pero esta vez, parecía aprovechar la ausencia de Carlos, que fuera a visitar a su hermana, para cumplir quién sabe qué propósitos.

–Nena, no te pongas así... Mira que estoy muy nervioso. Si me niegas tu auxilio, soy capaz de pegarme un tiro.

–¿Pegarte un tiro, tú? No estoy para chistes. Habla como la gente, ¡cobarde!

–¿No me entiendes? La cosa es grave: ¡mucho más grave de lo que tú crees! Puede que el inmaculado nombre de los Shaw González se vea envuelto en el escándalo, rodando de boca en boca...

–¡Ajá! Ahora te decides a emplear recursos teatrales... ¡Divertidísimo! Tu cinismo es una cosa que no sabes cómo me hace reír. Porque, hombre: tienes que volver a nacer para engañarme! No soy la infeliz de mamá, ni tampoco el infeliz de mi marido. No creas pues, que, como la una, voy a deslizar un billete que despeje por el momento tu situación, mientras me enjugo una lágrima. Ni que, como el otro, vivo esperanzada contigo, convencida de que has de terminar la carrera. No, hijito. Si vienes por ese camino, estás muy equivocado.

–Tomaré el otro, entonces.

–¡El que quieras! Estoy harta de prometer por ti. Harta de defender la apariencia honorable de la familia. Y Carlos va a saber inmediatamente que lo único que ha hecho es estar fomentando tus vicios. Llegó el momento de arrancarte la careta. ¡Perdido!

–Bueno, puesto que te empeñas en que juguemos a cartas vistas... Voy a hacerlo así.

–Me es indiferente tu actitud.

–He cometido un desfalco en lo de Borstein...

–¿Cómo? ¿A los diez días de emplearte?

–He tardado mucho; ¿verdad? Me corría una “fija”; quise aprovechar ese dato... No tuve suerte. ¡Qué le voy a hacer! Pero los cinco mil “del ala” volaron... Y la vieja no puede facilitarme el dinero.

–¿De dónde quieres que saque yo cinco mil pesos?

–Es que sólo tú puedes salvarme, y salvar el nombre de la familia. Tú tienes algunas alhajas...

–¡Ah! ¿Conque era eso lo que pretendíamos? La franqueza ante todo ¿no? Ahora ya está completa la brillante foja de servicios del “niño bien”. ¡Qué orgullosos podemos sentirnos! Para beneplácito de los amigos, también, tu insensatez ya culminó de esta manera. ¡Una maravilla!

Era una ironía dolorida la que se transparentaba a través de las palabras de Sofía. En las silentes reconditeces de su espíritu se hubiera encontrado, de hurgarse en él, la más amarga de las amarguras... La vanidad y la ambición, modos predominantes de su personalidad, estaban allí, en el nervio de su temperamento extraño, como los rasgos ontológicos más firmemente

delineados. Y la actitud de Billy venía a pegarle el golpe de gracia a su vanidad y su ambición.

Le dolía verdadera y realmente que todos sus hermanos fuesen lo contrario de lo que ella quería aparentar, especialmente delante de Carlos; que en la farsa de la sociedad jugase su familia un papel tan desgraciado, sin que faltase por ello las adulaciones a la apariencia, a la apariencia tan ruda y milagrosamente sostenida.

No debía de flaquear, sin embargo, ni un minuto. Porque después de todo, a lo mejor Billy sólo quería extorsionarla con la amenaza del delito. Y si ella cedía esta vez, estaba perdida para siempre.

Por eso, a diferencia de la otra escena entre hermanos, cuyo desarrollo fue simultáneo al de ésta, el diálogo era un juego de habilidad, un escondite de propósitos. Billy mentía haciéndose la víctima. Sofía mentía a su vez al amenazarlo con enterar a Carlos y al decirle:

–Yo también he de serte franca. No me importa en absoluto que vayas a la cárcel y que se divulgue el asunto por consiguiente. Así que puedes irte retirando, hermanito, porque preferiría no volver a tener el gusto de verte... ¿Entendido?

Ambos actuaban cubiertos de una máscara. Y con ello no conseguían engañarse.

Porque ella esperaba que al negarle ayuda a su hermano trataría éste de buscar el recurso salvador en otra parte. Y él, a su vez, sabía que aunque Sofía demostrase lo contrario, la impresionaba, lastimando profundamente su soberbia, el hecho de que “el nombre de los Shaw se viese envuelto en el escándalo”.

Durante esta breve pausa, la penumbra se iba acentuando en el “boudoir”. La tarde gris no se había adentrado en la habitación color de rosa; y Billy pensaba mientras tanto en la antítesis entre el carácter de Sofía y sus gustos particulares. Recorría su vista todos los muebles que alhajaban aquel saloncillo, y más resaltaba el contraste a sus ojos...

Las paredes, tapizadas de rosa, estaban completamente desnudas. En cambio ¡qué ensueño el conjunto de los muebles de laca y el “parquet” de madera pálida! Al muelle diván de cuero oscuro lo vestía totalmente una manta de piel de cisne. El “toilette”, bajo y con un enorme espejo enteramente redondo, parecía un absurdo entre los potes de esencias, todos de ámbar. Aquello era una exagerada colección de extractos: “Mitsouko”, “Chypre”, “Un air embaumé”, “Chanel 24”, “Montmartre”, “Kadine”, “Nuit de Noël”. Nombres exóticos, perfumes enervantes... La mesita para “hacerse las uñas”, de primoroso trabajo, seguía el motivo de la decoración, toda de mármol rosado. Y la amplia cortina de damasco rosa que cubría la colección de trajes de Sofía, era una vez más la repetición del suave y sonriente color, como los estantes para zapatos, en madera rosa con incrustaciones de laca. Por último, los primeros pimpollos de la estación ponían la nota primorosa, exquisita y viviente, en una sabia disposición.

No cabía duda, para él, de que las inclinaciones de su hermana eran incomprensibles. Y como no estaba dispuesto a ceder en la porfía, el fin de ésta había de ser, pues, imprevisto y sorprendente.

Al repetir Billy de nuevo su mendicante insistencia, oyó esta vez la respuesta definitiva.

–Ya te he dicho que, en lo que me corresponde, no vas a medrar con esa amenaza. Supongo, además, que uno que le tiene tanto amor al pellejo como tú tratará de recurrir a los amigos para salir del apuro, a esos mismos “excelentes amigos” por los que has abogado tantas veces delante nuestro. En todo caso, pues, hablaremos más adelante. Y no sigas insistiendo, porque es inútil.

La nada presagiosa clausura de la conversación, puntualizada por un indiferente volver de espaldas de Sofía, no daba lugar a la más leve esperanza.

Billy, comprendiéndolo así, tomó rápidamente del “toilette” de laca, una riquísima pulsera de brillantes que Carlos regalara cinco días antes a su mujer, en ocasión de su cumpleaños. El impulso nada extraño en él; el criminal e irresistible impulso, se tradujo en aquel ondulante movimiento, que Sofía no pudo percibir.

Y luego, desapareció como por ensalmo de hechicero, o quizá, como por raudo y extravagante poder de energía que hubiese alcanzado su más alta expresión en la personalidad mefistofélica.

Cuando Carlos regresó, llevando en su espíritu epílogo de decepción y prólogo de verdad a un tiempo, ella se hallaba todavía en su misma actitud despectiva, que enmascaraba una rabiosa impotencia.

Una vez más, la hermandad de estados de ánimo acercaría sus espíritus por idéntico proceso al que había fortificado la ambición de Sofía, revistiéndola de un atrevimiento poderoso.

Segura de ello en una de sus maravillosas intuiciones, la sirena inició su canto: “pianissimo” tenue, casi lloroso, con extrañas inflexiones plenas de languidez... Mágico hechizo, poder único los de aquel canto orfeico.

–Maridito: ¿te ha pasado algo grave? Tienes un aspecto muy parecido al que debo de tener yo. Parece que hubieras resucitado de una desilusión... Cuéntame qué te pasa. Me conformo con que no sea tan... pesaroso como lo que tengo que decirte.

–¿Cómo Sofía? ¿Tú también? Una contrariedad para ambos, ¡por primera vez en nuestro matrimonio! ¡Qué cosa rara! ¡Y qué idéntica la pauta de nuestro destino! Vamos, dílo ya. No quiero herir tu sensibilidad, ni aumentar tu posible decepción. Tengo tiempo de enterarte de lo mío.

–Sí, Carlos. Por obedecerte, diré. Pero me has intrigado terriblemente con todo eso. ¿Es posible que hayas sufrido, y que yo lo ignore aún?

–Tranquilízate. Y di.

–Mi disgusto proviene de Billy. Hasta ahora, como tú sabes, todo lo que hizo fueron chiquilladas, que la primera en perdonarle siempre fui yo. Exhuberancia de juventud; el no haber un fondo de maldad en todas ellas; su condición de “gracias”, las hacían disculpables ante todos.

–Tiene razón.

–Pero esta vez, la cosa pasó a mayores. Hoy, tanto la exigencia como la acción de Billy merecen la censura más enérgica. Recién acaba de irse... Me ha confesado que por satisfacer una deuda de juego, **una deuda de honor**, se vio obligado a sustraer una cantidad de la caja de Borstein. Esperaba reponerla de inmediato.

Mientras engañaba con tal arte, convirtiéndose en involuntaria defensora de la “exuberante juventud” de su hermano, de sus “gracias” en las que no había seguramente un fondo de maldad, todo para no desmentir sus anteriores actitudes frente a Carlos, Sofía había ido lentamente acercándose a su “toilette”...

Muy pronto, por consiguiente, habría de negar todo lo anteriormente dicho, con la violencia de su sorpresa. Muy pronto, cuando se enterara del robo de su alhaja, habría de gritar la fiera que había en el fondo, con grito incontenible a pesar de la rápida madurez de su reflexión. Muy pronto, en presencia del marido, tres o cuatro palabras de odio insospechado habrían de descubrir el bajo concepto que tenía de Billy, ensolviendo la humillación soportada aquella tarde, en el “¡Miserable! ¡Haberle hasta robado a su hermana!”, que vendría a hacer brotar un poco de claridad en la razón de Carlos. Claridad amarga primigenia, en aquella razón absorbida hasta entonces por la pasión dominante, despótica, como de femenina génesis y causa, en fin... Muy pronto, sí, muy pronto.

.....

—¿Por qué me mentiste, Sofía? ¿Por qué, si te dabas cuenta de lo que es Billy, no me enteraste de ello antes, y anduviste con esas ocultaciones? Explícate, hazme el favor.

A través del llanto despechado que fastidiaba los oídos de Carlos, Sofía abrió un paréntesis de serenidad. Y en él su queja, tan impulsiva un momento antes, asumió forma de discreta disculpa.

—Marido, tú no me entiendes. Todo lo hice por no mortificarte... Y además, creí que Billy se regeneraría. Supuse que él sabría reconocer la eficacia de tu ayuda. Supuse mal... Pero Carlos, lo hice sólo por tu cariño, por no herirte con la desilusión amarga.

Las palabras de Sofía se iban extraviando, huecas, vacías, banales, en las concavidades del espíritu de su marido. No tenían esta vez el eco maravilloso y fantástico que siempre arrullara su voluntad. No lo tenían porque ya María Mercedes se había encargado de sacudir a ésta con violencia para despertarla de una vez, para hacerla surgir a la luz exterior.

Todo lo demás ocurría en tan rápida sucesión, que no diera tiempo a Carlos para volver en sí.

En su espíritu, cloroformizado por el contraste de impresiones que no esperaba, nada podía el “canto de los cantos”. La sirena no tenía ahora ningún influjo sobre el navegante hechizado, absorto éste por le infantil deleite de haber recobrado la brújula de su espíritu. Pudiera ser que él la entregara de nuevo si ella, con sus infinitas artes, lo persuadía de que abandonara aquello; más...

Carlos, en una frase que quería ser tranquilizadora para Sofía, pero que en el fondo aparecía sólo como nueva provocación a su orgullo, puso punto final a la conversación, agria y dolorida por la primera vez.

—Bueno... No es necesario preocuparse tanto por el asunto. No pienso llamar a la policía, como acabas de indicármelo. Eso sería provocar el escándalo... y me parece que las espaldas de tu familia no son tan fuertes como para soportar ese peso. Me doy por satisfecho con que Billy no vuelva a molestarnos y no aparezca más por aquí.

–Pero Carlos, tu regalo, un recuerdo único, ¿cómo?...

–¿Y qué significa, al fin y al cabo, la pérdida de esa joya frente a la pérdida de afectos que he sufrido hoy? Por desgracia, no han sido sólo María Mercedes y Billy los causantes de ella. Lo que más me duele es que tú también hayas contribuido a mi decepción, quebrando el vínculo de confianza que nos unía. ¡No! ¡No trates de disculparte!

¡Todo lo que acababa de decir Carlos era tan verdadero! Y significaba una reacción tan inesperada de su virilidad espiritual, que Sofía comprendió: esta vez, ella ganaría la partida callándose e imponiendo a su astucioso ingenio una tregua.

En esa tregua habría de elaborar, con los múltiples recursos que como mujer y como seductora tenía para atar ímpetus y disolver impulsos contradictorios, nuevos velos, velos más sutiles aún, de mayor y más deletérea eficiencia, con que obscurecer los párpados que comenzaban a entreabrirse. Habría de elaborarlos, pese a la contrariedad de los sucesos, para ver rendido de nuevo a sus pies al eterno Pródigo.

En ese pensamiento pasaron veloces las horas, mientras que Carlos había salido para ver si dejaba incrustado en lo exterior de las cosas su desasosiego, tan virtualmente distinto de aquel que fuera présago del amor avasallante en el fondo de su corazón.

Y su transcurso trajo como obligada consecuencia la del solitario ágape.

En la mesa, y frente a frente, las actitudes nerviosas y disimuladas de Sofía y Carlos –que no hablaron ni una palabra después de la salida de él– los hacían protagonistas de una escena de graciosa hostilidad, en apariencia como de juego de niños. Aquella hostilidad, cierto es, tenía por causa la simiente de la mutua desconfianza. Pero ellos ni sospechaban que esa simiente había de echar –en plazo de cinematográfica rapidez– hondas raíces, poderosos y terribles raíces, en los ámbitos de ambos dominios de la Psiquis. No columbraban el desenlace, porque todavía las almas estaban saturadas de auras melificadoras. No lo imaginaban, porque parecía que un paraninfo, invisible y bienhechor, había prestigiado hasta entonces aquella unión de cuerpos y almas.

Y menos podían esperar en aquel instante en que un recurso del destino –a simple vista eficaz– había de empujarlos el uno hacia el otro con el brutal estímulo del dolor.

El recurso trágico estaba en manos de un telegrama, que trajo el mucamo apenas iniciada la cena.

Al recibirlo, Sofía lo abrió tranquila, casi indiferente. Su propósito era demostrar, al “adversario” de ese momento, la despreocupación suya. Pero tras de recorrer las líneas con espantada rapidez, olvidó todo para correr, como una loca, a refugiarse en los brazos de su marido. Y su gesto extraviado sólo consiguió señalar todo lo que podría querer decir aquel laconismo infame:

“Víctimas de grave accidente automovilístico Mercedes Shaw González y Ernesto Álvarez Urquiza. Este último cráneo fracturado, murió instantáneamente. Señorita de Shaw estado desesperante, trasladada al sanatorio Caridad. Rogamos venga enseguida”.

Y una vez más, un sollozo de Sofía, de temor más que de desesperación, y sincero esta vez como grito de sangre, anunció que el Dolor, el monje grandioso y austero, iniciaba de nuevo, apenas empezadas a cicatrizar las sensibilidades, un grande y omnímodo **pellegrinaggio** por las almas ansiosas

de felicidad; un grande y devastador **pellegrinaggio**, cuyos pasos resonaban fuertes y poderosos en aquellos vastos dominios, porque su eco se multiplicaba con el de los acompañantes pasos de las hermanas Decepción y Desconfianza, las extrañas y furtivas hermanitas del hábito gris...

Esa misma tarde, Mecha había visitado el coquetón apartamento de soltero que tenía Pitungo en una calle apartada. Inmediatamente después de llegar, se despojó de sus pieles y del sombrero ocultador del perpetuo signo de interrogación que era su cabecita nerviosa. Su primera mirada fue entonces para el espejo. Se encontró, según su parecer, irresistible; y no olvidó el toque de sugestión encerrado en un pomo de cristal: "N'aimez que moi"... El conjunto era voluptuoso, fascinador. Mecha cumplía así el ritual de su entrega con toda la impudicia de una niña moderna. Y el "rouge" que acentuó luego la púrpura de sus labios pintados hizo el efecto de una llama de amor pirograbada en la carne fresa...

Pero lo que menos imaginaba ella mientras estaba completando los detalles de su atavío era que Pitungo, muy cínico, la espiaba por detrás del biombo. De pronto, se sorprendió: acababa de verlo surgir como por encanto de allí dentro, sin previa explicación, y con el chispazo insolente de una carcajada prendido en sus labios abiertos. No ocultaba él su complacencia; por el contrario, cuando observó que Mecha besaba su retrato en el aire, por miedo de dejarle una breve mancha roja, soltó el trapo de la risa y se descubrió. Y con los brazos bien abiertos, mientras que ella se aprestaba a refugiarse mimosamente allí, corrió sosteniendo, al parecer, el peso intangible de su felicidad.

—¡Vida!

La exclamación espontánea fue enviada por ambos tan cerca uno del otro, que creyeron haber absorbido sus propias palabras. Y siguieron muchos besos; intensos, reposados, suaves como un cosquilleo a flor de piel... ¿Para qué necesitaban hablar?

Pero Pitungo, en cierto momento, parlanchín sobre todo, dio un salto por sobre aquella inercia inconveniente y explicó:

—Mira, Negra, que nos queda poco tiempo... Ya lo arreglé todo y el "auto" debe de llegar de un momento a otro. Hasta que salga el "Cap" nos quedaremos en esa quinta de Santa Lucía. ¡Verás qué sueño! Son unos jardines inmensos, rientes. Hay una pérgola construida hace poco, y una glorieta de madreselvas en la que uno se baña de perfume salvaje. De la casa parte un camino que conduce allí, y que llaman "la senda de los pavos reales"... Dicen que los hermosos animales acostumbran pasearse allí por la tarde. Y ¡qué sé yo! Rincones estupendos de poesía y de luz...

—¡Uy! ¡Qué romántico, Pitungo! Te apuesto que sé a qué vienen esas descripciones.

—A ver, adivina.

—¿A que lo haces para impacientarme? Sabes cómo soy de curiosa, y tú me has prometido una sorpresa. Vamos, lo de la quinta no es: ¡si yo me la conozco de memoria! Tú hablaste de un "paraíso nuevo". Y me parece que tengo derecho a descubrir qué es eso.

El imperativo de Mecha se abría paso, así, a pesar de todo. Viniendo de tan femeninos labios, obedecerlo era inevitable.

Él no se hizo de rogar. La besó una centésima vez en el lóbulo de la oreja sonrosada; luego, extrajo una cajita de entre las ropas...

–¡"Nieve"!– y abriendo mucho de nuevo sus labios en una sonrisa de envanecimiento, dijo y mostró a Mecha el contenido.

–¡Oh!

Entre repugnada y atemorizada, ella profirió su exclamación. Su deseo de siempre estaba ya satisfecho; su ambición veíase por fin cristalizada; allí tenía a su entera libertad la cocaína, el estupefaciente prohibido y, por lo tanto, deseado con mayor vehemencia... Era la ocasión, sí; el momento de entregarse al goce refinado y hacerlo con todas las prácticas del rito... Pero... había algo que la detenía; y ese algo, grito de mujer a pesar de su enorme suma de frivolidad, era el pensar en esta invitación tan extraña, hecha en vísperas de una cita amorosa. No;... ¿acaso sería Pitungo tan... pervertido como para haber llegado hasta ese punto?

–Pero Negra, vidita, ¿no era esto lo que tanto deseabas y tanto me pedías te hiciese conocer... sólo una vez? Esta actitud tuya hace que retire lo que te decía ayer; no eres una mujer fuerte, Mecha.

En su trato con las mujeres, Pitungo siempre había sabido manejar la palabra como un látigo. Y Mecha reaccionó.

–Pues ya verás si soy o no fuerte. ¿Acaso he dicho yo algo? Entonces, ¿para qué prejuizas? Ven: aspiraremos una "prise" ahora, antes de partir.

–Como quieras. Siempre me encontrarás dispuesto a hacer tu voluntad.

Y regocijado íntimamente por su triunfo, él acompañó a Mecha hasta la "chaise longue"...

Una hora después partían ambos en la "voiturette" de Pitungo, rumbo a la quinta que sería escenario de sus amores. A pesar de las protestas del muchacho, ella se empeñó en manejar. Y, como era de imaginarse, logró su propósito.

Al pasar la villa de Sayago, y en la ultraexcitación de los nervios despiertos a medias después de la "prise", empezó a darle al acelerador. Por momentos corrían a ochenta kilómetros; luego, la velocidad fue mayor aún. No valieron protestas ni gritos de él que, enloquecido por la presunción del drama, trataba de detenerla en su loca carrera... Cuando la agarró por ambos brazos para hacerla volver en sí, el automóvil se estrellaba en un recodo del camino.

Y de entre el infierno de fuego y hierro, rodeado por un corro de gentes espantadas, había salido más tarde el cuerpo de Pitungo, exánime; espantosamente desfigurado el rostro, y el cráneo destrozado. Inconsciente un momento antes, él sonriera a la perspectiva de un nuevo festín de los sentidos; ahora, era sólo un montón de carne inerte...

En esa inconsciencia se encarnaba, latente y enterizo, el mal que aqueja a la sociedad moderna. La inconsciencia había sido también en Mecha, pertinaz y constante retina de su espíritu. Su "luz", que "debía de brillar espléndida aunque efímera", llegara ya, tan pronto, a los límites de extinción...

El mal estaba merecido para ambos.

Porque ella, a pesar de aquel repentino cambio que produjera en su espíritu la **sensación** nueva y desconocida, había seguido siendo la misma Mecha, la de los "cocktails" y del "charleston". Porque tras la vaguedad de aquella revolución interior, iniciada cierta tarde en el "santuario de

extravagancias”, había renacido su modo de ser; no retocado por la emoción, sino idéntico al de siempre. Porque en ella, incapaz de sentirlo en su enorme y regeneradora fuerza espiritual, el amor había sido cosa de sentidos, y como tal no pudiera alcanzar el dominio sobre su alma necesario para salvarla.

Y en cuanto a Pitungo –“hombre de papel”, que dijera alguien– muy débil era también su espíritu, producto de las modernas generaciones más que irónico anatematizador de la sociedad del día. Porque tampoco supo sustraerse a la influencia del ambiente, y éste había ejercido en él una amplia y sincopada venganza, al hundirle en brevísimo tiempo su garra, encarnada en aquel vicio al que no pudo resistir...

La Gran Misteriosa había unido así, pues, el deliquio de ambos en supremo abrazo, por virtud de aquella “prise de cocaína”.

“Prise” de cocaína... ¡Trágico epifonema!

El sanatorio, con sus amplios ventanales y su mutismo preñado de luz, no fijó en Sofía una impresión tranquilizadora. Ruda, sorprendente ironía; venganza inexplicable del destino; horror y drama, todo ello había acabado con su proverbial tranquilidad. Y la había sumido en estupor, por paradaja, tremendamente consciente.

Las sombras blancas que paseaban mudas y rápidas por aquellos corredores, parecíanle fantasmas que venían a acusar a su hermana. Y aquel insoportable olor a yodo y a éter la tenía fuera de sí.

Por otra parte los doctores, sin especie de ocultación, dijeron que el estado agónico de Mecha podría prolongarse por un tiempo imposible de prescribir. Y aunque no era agible una mejoría, ni siquiera una reacción, tratarían de hacerle recobrar el conocimiento.

En la ansiedad, en la desesperanza creciente, pues, Sofía volvió a los brazos de su marido; más bien en un acomodaticio ímpetu de encontrar apoyo y consuelo en ellos, que en un movimiento generoso del corazón.

La reconciliación fue, por extraño modo, fruto de dolor. Pero Carlos, que la esperaba voluntaria por parte de Sofía, se abrió de par en par a la sublime unción emocional del retorno...

Una hora después que ellos, llegaron, igualmente avisadas, Milonga y su madre. Sin sospechar la causa del accidente, acosaron a Sofía a preguntas, llenas de horrible inquietud. El temor más grande que tenían era el del “qué dirán”, de la maledicencia que bordaría extraños comentarios sobre “aquel paseo en auto, por Sayago y solos”.

–¡Déjenme en paz! ¿Creen que ya no estoy bastante mortificada?– fue la primera contestación de la hermana. Y luego, variando de tono:

–Aquí lo que se necesita es una gran tranquilidad. Uds. no son fuertes de espíritu...

–Protesto, Sofía. He venido dispuesta a ayudarte, ¿oyes?– díjole entonces Milonga.

–Pero mujer, ¡si no puedes ni con tu propio ser! ¿A qué se te ocurren semejantes cosas?

Era cierto lo que decía ella ahora. Milonga, un ser oscuro y borroso, pasaba desapercibida por la vida. Nunca se había destacado en nada; nunca

había tratado de ayudar a nadie; a pesar de su físico que no tenía nada de extraordinario, era como una sombra animada de voz...

Y la “sombra” no insistió.

–Tú, mamá, cálmate, por favor... Harían bien en retirarse a ese dormitorio que hay en el corredor izquierdo. Allí pueden descansar un rato. Por mi parte, lo único que quiero es estar sola.

Ambas obedecieron silenciosas al pedido de Sofía. Y ésta quedó, según su deseo, sola: sola con la sugestión de la noche serena y cálida cuyo perfume de misterio penetraba por las ventanas abiertas de par en par.

Ya estaba algo más tranquilizada, porque el delirio de Mecha, a quien acompañara un rato antes, había sido revelador. Al permitirle penetrar en las causas directas, e inescrutables para todos los demás, del **accidente**, le dijeran más que su observación continua de los espíritus unas pocas palabras de su hermana:

–¡No seas cobarde, hombre! ¡Dale, dale más al acelerador! ¡Si no nos vamos a estrellar! Esta carrera guarda tanto deleite como el ensueño de la “nieve”... ¡Quiero más! No sólo un beso: otra “prise”... ¡Loco! Cuando lleguemos, entonces seré tuya, por fin... ¡Pitungo! ¡Pitungo! ¡No me abandones!

Así, en disparatados conjuros, inconexas imprecaciones y sometimientos, había surgido ante los ojos de Sofía la terrible verdad sobre “aquello” de cuya casualidad estaban todos convencidos menos ella, después de la develación sorprendente e involuntaria.

Ahora estaba inmóvil, pensando en el derrumbe de esa vida hermosa y en flor... Un nudo de angustia oprimíale la garganta y un ansia sorda de protesta ante lo ineluctable hacía latir con fuerza el corazón... ¡Aquella muerte era una infamia! Nadie tenía más derecho a la vida que Mecha, siempre optimista, llena de ilusiones... ¡Nadie!

Una enfermera la interrumpió de pronto en sus pensamientos.

–Señora, parece que la enferma ha recobrado el sentido... Está clamando por Vd.

–¿Es cierto? ¿Y la fiebre?

–Sigue en cuarenta grados. Ya sabrá Vd. que no hay esperanzas...

–¡Oh!

Y Sofía ahogó su sollozo para insinuar una sonrisa gélida al penetrar en la habitación de la joven. Era necesario hacerse fuerte; y como se sabía enérgica de carácter, no tenía porqué no afrontar aquella escena...

Pero al cerrarse la puerta tras de ella, pareció que se clausuraba la entrada del “más allá”.

La entrevista duró todo lo que podía permitir el estado de Mecha.

Y preparada el alma de Sofía por el conocimiento de los hechos, pudo fortificarse la eficacia de su consuelo cuando aquella, entre períodos de aplastada somnolencia y treguas impuestas por el sufrimiento, le espolvoreó en lo insondable del alma, allá en lo más arcano, donde era el terreno absolutamente yermo, estéril sin causa aparente, pero con la misma intensidad con que lo está la naturaleza de la madre que ha derrochado vida y sangre propias en muchos partos gloriosos y fecundos:

–Hermana, diles que me dejen morir en paz... Que no me hagan sufrir en esta forma terrible... porque yo no le tengo miedo a la última “sensación”.

–Por favor, Mecha, no digas esas cosas... ¡Si tú has de sanar! Y a lo verás muy pronto... Anda, no te fatigues– le contestó Sofía para calmarla.

–¡No! Yo lo sé, lo **siento** muy bien. La muerte me hace comprender que fui siempre una insensata... una estúpida– y aquí su respiración fatigosa le ordenó una pausa. –Pero aunque sé que mi arrepentimiento es tardío, ¡es tan hermoso saberse noble en algún momento!

–¿Pero de qué te tienes que arrepentir? Estás magnificando incidentes sentimentales... exaltándote inútilmente, nada más.

–No, óyeme bien... Lo que no comprendo es cómo no puedes... haber visto tú... más lejos de lo que yo. Tú, inteligente, intuitiva, despierta al verdadero sentido de las cosas...

Y Mecha no pudo más en ese momento, porque el cansancio era superior a sus fuerzas. Sofía la dejó reposar, velándola de continuo, con amorosa solicitud. Pero se conocía que la enferma deseaba decirle algo más, algo que la atormentaba constantemente.

Cuando despertó, tras un prolongado sopor, entonces pudo Mecha desahogarse.

–Sofía, quiero que mi muerte te sirva de lección... Tú sola sabes sus causas verdaderas... Tienes que escucharme. Lo que haces con Carlos es infame... Si no lo querías... ¿para qué... te casaste con él?

“Por favor, **ve, ve** y no **mira; ve** con la misma intensidad con que lo hago yo ahora... Tú no debes... perpetuar mi condición de víctima...”

El efecto de las postreras palabras de Mecha sobre la variabilidad de espíritu de su hermana había de penetrar en los límites de lo incognoscible. Sólo al terminar aquella su farsa, envuelta desde los comienzos en vientos de tragedia, se correría el telón para descubrir el espectáculo epifánico, el de sumo efecto y escenografía imponentemente, rica en sugerencias variadísimas e infinitas.

Así se extinguió la “luz” espléndida y efímera, y pasó la vida-ráfaga.

C

RONOS, al operar otra vez su magia blanca sobre la victoria de Cloto, Laquesis y Atropos, triunfó de un modo indiscutible. Y en más rápida escala de hechos, las Moiras quedaron vencidas por el **Gran** curandero.

Carlos volvió a Sofía, plenamente, en correspondencia a su espontáneo impulso. Volvió con una interrogación fluctuante en los labios; misteriosa y tímida en medio a su atrevimiento. Volvió también con la sonrisa de vaga melancolía del que entre despojos y ruinas que lo han tocado de cerca halla un norte a su vida, definitivo para él pero, en realidad, de engañosa apariencia.

Volvió con un sagrado deseo. El de encontrar un nuevo objeto en quien depositar su cariño, ya que casi todos le habían huido, y estaba su alma llena de luz y de amor para derrochar.

Volvió con una divina canción prendida a sus labios:

–Me debo a mí mismo la deuda que todos hemos nacido para pagar. El de la obligación cuyo plazo no sé cómo no vi antes tan cercano; el ver perpetuado en un pedazo de mi carne todo mi amor, toda mi sed de amor... ¡Cómo sentiría yo la dulcísima ráfaga emocional que nos hace más buenos y más nobles, provocada por el balbuceo confuso: ¡Papá! ¡Papá!... ¿Y ella? Ella ha de compartir conmigo esa sensación; y de ese modo, se allanarán las asperezas de nuestros espíritus. ¡Sí así fuera! ¡Sí así fuera!... ¡Qué cerca nos hallaríamos de la felicidad!

Nuevo Proclo por el poder de su invocación como teúrgica al impulso más generoso de todo su espíritu y todas sus células, Carlos contrajo su esperanza de felicidad en aquel pensamiento. Al hacer su llamado, o al acudir al llamado (que esto, en verdad, resultaba difícil dilucidar de la urdimbre entrelazada de aquellas concepciones) de un sacrosanto deseo de fecundidad, resumió toda la índole y la esencia del soberano arte, en cuanto se relacionaba a su expresión formal. Y quizás también en cuanto decía de su fondo... Porque si en la teurgia, práctica de los filósofos gentiles con los genios que prestaban vida a la naturaleza, se comprendía la facultad de consulta sobre todo lo importante a la vida, ¿qué diferencia había entre los númenes antiguamente interrogados y aquel que él tenía miedo de descubrir?

¿Qué diferencia?... Muy simple resultaba esa pregunta comparándola con aquella que, al pensar en la cooperación que podría prestarle Sofía, había movido todas las ráfagas contradictorias de su espíritu en extraño desfile: esperanzas, desfallecimientos, dudas, alegrías.

Porque Carlos fue a hacer la grande pregunta a su compañera, con ese levísimo temor de toda seguridad. El miedo pueril nacido de la arraigada presunción que espera con firme actitud el realizar de cualquier deseo, u orden, o potencia, de la vida, en ansiosísima certeza; el gesto del chiquillo convencido de que se ha de ceder a su capricho, aún temeroso de algo inexplicable, fueron su gesto y su miedo...

Pero delante de la entrevista, hubo de tenderse prudente celaje. Un problema fundamental iba a concentrar la voluntad de dos esposos; y en el más delicado de los concilios, tendrían que aislarse sus almas para afrontar lo desconocido, para discutirlo, para vencerlo si era preciso.

Ya desgarraría luego Carlos el cortinaje separador; con el descuido de una alegría sin límites, o con el marasmo del que ha encontrado una actitud opugnativa en premio a su más noble e íntima aspiración.

Pero, mientras tanto...

.....

En uno de los cafés céntricos, encontró esa tarde el Chino Pacheco a su amigo.

–¡Dichosos los ojos!

–Hola, Chino, ¿qué dices?

–Hombre, creo que hoy se cumplen meses de la muerte de Mecha, ¿no? Desde que resolviste instalarte por tu cuenta, en ese tiempo, no nos veíamos. ¡Y pensar que antes, a pesar del “usted”, éramos como dos hermanos!...

–¿Qué quieres? Es el absolutismo del matrimonio.

El diálogo relámpago se deslizó entre dos tangos. La orquesta atacaba ahora los compases sentimentaloides del último éxito, y parecía que las variaciones del bandoneón impregnaban la atmósfera cálida del recinto de un aire de sensualismo y voluptuosidad.

Pero el Chino Pacheco, aún comprendiendo que el terreno era desfavorable, comenzó a hablar a Carlos en la forma en que él lo deseaba desde hacía tiempo.

–Te noto tan cambiado, hermano... Y no lo empieces a achacar al “absolutismo” del matrimonio. Son tus nervios los que necesitan reposo, una vida sana por algún tiempo.

–Ya lo he pensado muchas veces. Pero ¿de qué modo voy a eludir mis obligaciones?

–Hombre, la salud no admite disculpas. Ya veremos luego si llegas a ser víctima de una depresión nerviosa.

–Gracias por el augurio.

–¿No ves? Me parece que si quisieras dejarte convencer, lo mejor que podrías hacer es irte a pasar una temporadita a nuestra estancia. Ya verías cómo regresabas otro. Y eso de estar **filoso**, cosa que nunca había notado en ti, es un síntoma más a mi favor.

–Muchas gracias, pero ¿es que piensas llevarme la carga? Avisa. Si estuvieras dentro de mí, verías que me demuestro demasiado tranquilo en relación a mis muchas causas de abatimiento.

Cuando Carlos acababa de hablar así, ambos, tácitamente, hicieron una pausa para pedir al mozo unos “cocktails”. El picado de los violines que comenzaban a tocar en ese momento, era preludio de un arranque triunfal... Y “La Cumparsita” surgió por fin, rezongada en los fuelles y apurada por el silbar de los oyentes.

–¿Cuáles son esas causas? ¿María Mercedes?– reanudó Pacheco el diálogo.

–¿Qué quieres decir?

–Supongo que lo sabrás. Yo recién me enteré de que había estado tan delicada, hace unos pocos días.

–¿Cómo? ¿Es cierto eso? Sería el colmo... Ni yo mismo, el hermano, sabía una palabra. ¡Parece mentira!

–Es que se ha recluso de veras. No recibe a nadie. Al día siguiente de haber oído eso, fui a preguntar cómo se encontraba. Me dijeron que ya estaba restablecida, pero que sentía no hallarse en condiciones de atenderme.

–¡Imagina! ¡En qué estado no se hallará la pobre! Te confieso que muchas, pero muchísimas veces, me han asaltado tentaciones de pedirle perdón y hacer las paces, pero ¡qué sé yo! El amor propio...

–...mal entendido, quizás.

–Tienes razón. En estos casos no se debe de reparar en eso. Iré a verla mañana mismo.

–¿Y por qué no ahora mismo?

–¡Oh! Me sería imposible. Mi estado de ánimo no puede ser peor. Y una visita tan delicada como lo es esa requiere muchas buenas disposiciones de las que, en realidad, carezco en este momento. Además, para serenarme y ordenar mis pensamientos, necesito estar solo.

–Si es por eso, te dejo. Muy pronto, en otra ocasión en que te sientas el Carlos de antes, hablaremos... recordaremos.

–Oh, no creas que lo dije con esa intención! Pero considero que no debe de distraerte mucho esta charla desganada. Por eso, dejémosla para más adelante.

El Chino, como conocía a su compañero lo suficiente, reflexionó que era inútil tratar de disuadir a Carlos de su empeño y quitarle de la cabeza esas ideas. Despidióse pues de él, con un cordial “Hasta siempre” acompañado por las frases de rigor, y entonces quedó Carlos en libertad para “serenarse y ordenar sus pensamientos”.

Inmediatamente lo asaltó el recuerdo de la conversación sostenida aquella tarde con Sofía.

–Estoy sospechando que ya no me quieres, Carlos... Y me parece que llegó la hora en que, como lo temes inseguro, quieres reforzar tu afecto con un nuevo vínculo. ¿Por qué has anhelado derrumbar esa voluptuosidad de egoísmo, que es empeño común y humano de todo amor?

“¿No comprendes que es sabia la obra de la Naturaleza? Pretender ir contra ella es una actitud temeraria, que muy cara habría de costarnos... Más tarde ha de venir quizás, el complemento que requiere nuestro hogar. ¿Con qué fin antes, para **esclavizarnos** con la nueva obligación? Lo que hay es que tú tienes miedo de no...”

–Calla. He sido muy torpe en mi insinuación. Creí que, como siempre, me comprenderías. Como siempre que me **quieres** comprender... Pero se acabó. Pierde el cuidado: no voy a insistir más sobre ello.

Con esas palabras, que cerraron el diálogo, desgarró Carlos el tul de aislamiento. Era triste, era tristísima y desengañada ahora la musicalidad de su unción lírica... El loco, el iluso, estaba viendo que todas las puertas se cerraban ante él. No había encontrado eco su deseo de fecundidad, y debía de tragárselo, con la significación enorme del término que él agregaba a la suma de sus decepciones. Porque Sofía ya no era en amor la esclava sumisa y anhelosa de satisfacer a su dueño que él creyó hallar cuando se entregaron en uno al otro, ciegamente, sin hesitar. Aunque –pensaba él– era su egoísmo reflexivo y hasta amoroso en su expresión más enérgica, no vibraba ella junto a su marido en la sublime ansia de vida, de engendro, y por tanto, de amor llevado a su más altísimo término... Para él ya no era su mujer la compañera excepcional, la ÚNICA; era una esposa **humana** y no plena de amoroso fervor.

Otro castillo se derrumbaba. Otra primura arquitectónica de vagos anhelos se desvanecía en la sombra de un vislumbre de realidad... ¿Habría de estrellarse él siempre en la vida, a la vuelta de cada uno de sus recodos, contra la sorpresa tremenda y la interrogación inasible? ¿Había de tropezar siempre con una inferencia, con una duda o un temor, sin que le fuera concedida la omnímoda virtud del hierofante, adorador de Ceres Eleusina, que iniciaba en sacros misteriosos, y era maestro de ocultas nociones?

Y... ¿por qué no volver a su hermana? Sí, él debía de solicitar la primilla de María Mercedes. Al fin y al cabo ella había hecho, aunque exageradamente, abrir la clave de su razón para que pudiera ver los resultados futuros de su tolerancia... Y por un momento en que profiriera su concepto agriado de la vida y de las cosas, no debió haberle respondido Carlos con tal saña, con aquel encono repentino. Quizás ahora, viéndose desolada, estuviera dispuesta a perdonar.

Obra del tiempo era aquella que representaba ante los ojos de su alma la escena anterior, como desdibujada por las gasas que habían ido esfumándola; atributos que, en rítmica nerviosidad, abandonaran en su extraña danza, las Horas, bailarinas de pies alados y de fatal embrujo. Obra del tiempo, y no de ningún otro factor que tuviera sus nosománticas virtudes en males de espíritu. Porque él ya no recordaba en la feral intención con que fueran pronunciadas, aquellas palabras creadoras de un abismo entre ambos...

Ahora sentía una dolorosa, una dulce necesidad. Veía que había de serle imposible no confesarse con nadie. María Mercedes le era indispensable... Y al imaginarlo así, no tenía presente el vaticinio que, seis meses atrás, profiriera la pobre olvidada, en una expresión de rebeldía y al mismo tiempo de acatamiento ante aquello que ESTABA ESCRITO:

—Puede ser que vuelvas arrepentido; puede que regreses cuanto te des cuenta de que tuve una visión clara de las cosas. Pero entonces, vas a encontrar mi alma seca **ya**.

Y porque, dado el carácter de su complejo espiritual, no podía volver a vivir en su intensidad pasada aquellos momentos, Carlos fue a buscar en María Mercedes la fuente de cariño fraterno, en la que tantas veces bebemos ávidos de más belleza, de más querer, de otra de las variaciones sutilísimas del amor... fue, como siempre, plétórico de esperanzas; fue poseído de un enfermizo optimismo; fue **hombre**, en suma...

Fue Carlos de ese modo. Y tropezó con un cuadro que, si estaba enfriado su concepto de la humana tolerancia por anteriores contrastes, llegó a saturarla más aún, perversamente, con las gélidas auras que de su visión se desprendían.

La hermana, una vez que supo de su llegada, lo hizo pasar a su dormitorio.

El fondo sobre le que ella había insinuado la ruina de su físico y de su espíritu era borroso, indefinible... Por eso mismo, quizás, hacía más llamativa aquella terrible expresión virtual de dolor y desaliento.

La decoración de los muros, como reviviscencia de un histérico capricho, poseía el mismo color de aquella que contemplara las señales primigenias de una visible decadencia de voluntad en Mercedes. Era gris su color, como el de

“aquella inmensa pampa de granito”. Y tenía el extraño poder de sumergir a los seres y las cosas que daban vida a la estancia hostil, en su tonalidad.

Todo parecía en ella como de plomiza envoltura.

Carlos, al penetrar en el recinto, no pudo sustraer su imaginación a esa evidencia tan poco confortadora. Pero bien pronto se concentró su espíritu en la observación de aquella gran figura gris que fuera, poco más de un año atrás, la muchacha alegre aún y comunicativa, cuya voz “tenía una dichosa semejanza con el hilo de agua que canta límpidamente la belleza de las cosas”. Y entonces ella rompió el hielo con lánguida y como quejosa iniciación.

—¿Qué me quieres? ¿Has vuelto a causa de mi enfermedad?

—Sí. Ayer encontré al Chino Pacheco y...

—¿O ya se cumplió el plazo que te había prefijado? No soy tan tonta ni tan malévola como para creer ninguna de las dos cosas.

—Pues sí. Debes de creerlas. Son ambas causas las que me traen de nuevo ante ti. Y es necesario, María Mercedes, que me comprendas. Ambos fuimos unos insensatos aquella vez.

—Ah, ¿crees que las heridas del alma se cicatrizan así, tan pronto? Tienes una suerte enorme al poder olvidar lo reciente, lo que aún vive y late en el aire que cortan nuestras palabras como una segur. Pero ¡hay una cosa que no puedes negar! ¡Es la herencia alcohólica que llevamos en las venas! En mí, paralizándome, inutilizándome, sellando mi voluntad con un estigma infamante; en ti, creando esa veleidad bondadosa, nunca fija y aquietada por ningún desastre, y sobretodo, esa estúpida obstinación de ver a todos buenos, a todos nobles y puros... De ambos modos gobierna en nosotros. ¡Pero en el fondo, conscientes e inconscientes, los dos somos víctimas de ella!

Recién esas palabras hicieron ver a Carlos la espantosa mutación sufrida por su hermana en brevísimo transcurso de tiempo.

Era completamente otra María Mercedes la que tenía delante suyo, a pesar de ser muy una en realidad.

El dolor había estampado, en primer lugar, su huella en la cabellera de un negro purísimo, motivo anterior de orgullo para ella. Hilos de plata se habían hilvanado allí, y formaban ya un marco borroso al mal agestado rostro.

La decepción, a su vez, había trabajado con ahínco en las comisuras de sus labios, hasta conseguir doblarlas en un tenaz esfuerzo, dejando en ellas el rictus que dice haber vivido mucho...

Mucho había vivido ella en poquísimos espacio de tiempo. Mucho y muy dolorosamente, en verdad.

Pero Carlos hizo un esfuerzo extraordinario por disimular su convencimiento. Y, sin reparar en aquellas frases mordicantes, le dijo:

—Mercedes: tú lo dijiste ya. Vengo a ti en misión de paz y de olvido. ¿Para qué resucitas entonces recuerdos amargos? Yo busco tranquilidad de tus palabras.

“Y he olvidado muy pronto. Tienes razón. Lo que vengo a exigirte es que, por el bien de ambos, hagas tú lo mismo. El dolor edificó para mí una atalaya desde la cual mi visión del mundo es más clara, más precisa. ¡Y descubrí tanta bajeza moral en aquellos caracteres donde antes veía buenas disposiciones

únicamente! Hay muchas otras cosas que ¡para qué voy a decirte! Pero por todas ellas, créeme: confieso que fui un ciego al no reconocer la verdad de tus palabras. Y quiero que me perdones; te lo pido con toda el alma.

–Y esa retórica inútil, Carlos, ¿qué quiere decir? Creí que sabías que “a buen entendedor”... Tienes, verdaderamente, una pésima memoria. Si recordaras sólo una frase que te dije en nuestra última entrevista, y aquilataras la energía inquebrantable que llevaba ella en cada una de sus letras... No hubieras vuelto nunca. Y menos con esas intenciones conciliadoras.

“Encontrarás mi alma seca ya”... ¿Recuerdas ahora? Permíteme que lo dude todavía. Pero si es necesario reforzarlas, lo haré: tus contrariedades y tus disgustos no me producen ninguna impresión. ¿Entiendes? El alma está seca: llena de indiferencia”.

–¡Es que no puede ser así, Mercedes!

–Ahora recién ves claro, ¿no?

–Sí, pero dime que esa actitud tuya...

–Es invariable. Buscas un consuelo inútil. Y te empeñas en arrancarlo de donde no tiene ninguna razón de ser. Te agradecería mucho, y más que todo porque no te molestaras estérilmente, que no insistieras.

–Está bien...

En ese momento entró la sirvienta, una chiquilina escuálida y desgarbada cuyos nueve años había que adivinar entre sus holgadas ropas y la carita triste, con tristeza de mujer que sabe de la vida. Sin duda, era portadora de misterioso recado para María Mercedes, que le transmitió al oído. Ella, secamente, le contestó con una orden indiscutible que, murmurada también, Carlos no pudo entender. Pero lo último, dicho en alta voz, fue suficiente para que se abriera ante él una nueva visión del cambio de su hermana:

–¡Cuidadito con descuidarte en lo que te encargué hoy! Y ya puedes prepararte, haragana, si todo no está limpio y en su sitio!

Al decir así, ella hincó sus dedos en la carne flaca del bracito, y la pellizcó con una salvaje fruición. Luego, el imperativo categórico de sus ojos hizo huir a la pobre chiquilina, espantada.

Aquel pellizco, que le dolió en carne propia más a él que a la criaturita, le daba por fin a su sensibilidad casi ciega ante otros detalles reveladores, razón completa de “la” María Mercedes que tenía delante suyo.

Y ahogado, entonces, aprisionado por un sollozo que no quería descubrir ya que, al fin y al cabo, ¿qué le importaban a ella sus flaquezas y sus confidencias?; tras de balbucear un “Adiós” breve y débil, Carlos huyó de aquella escena.

Y tan rápido lo hizo, como escapándole a la última decepción, que tropezó al salir con su Morrongo. El gato estaba adormecido, aplastado; parecía haber sufrido también el contagio de aquella fiebre de amargura.

El brusco encuentro tuvo una sugerencia como de relámpago. Porque el animal, sin reconocerlo ya y fastidiado por aquello, se encrespó en un flexuoso movimiento y preparó la pata para dar el zarpazo de odio a un desconocido.

ERA imposible, sin embargo, que todos los recursos estuvieran agotados para Carlos. Por eso, en postrer tentativa de su optimismo, él recurrió a aquel retiro predilecto de antes, donde se aquietaba su espíritu en una visión de Naturaleza siempre serenadora.

Allí coordinaría sus ideas. Después del conocimiento terrible de lo que había hecho la Vida con su hermana, le era indispensable reflexionar, pensar, hacer examen de perspectivas. Y, sobre todo, buscar algo que fuera sugestión de una nueva esperanza.

Y... ¿le brindaría aquel rincón plácido de nuevo una solución, un vislumbre de la deseada paz?

Carlos, con la convicción de que el problema de amor y de conciencia que lo asaltara antes de su casamiento había sido resuelto allí en una fiesta de luz, se asía a esa idea desesperadamente, con todas sus fuerzas. Pero, ¿es que podía haber pensado de otra manera un flaco de espíritu como él, un incapacitado para revistar los valores verdaderos y las convicciones profundas que habitaban en el hondor de su abismo espiritual?

No... Y fue por eso que vio Carlos que el parquecillo, con sus visiones suaves, armónicas, crearía en su alma una sensación refrescante. Y vio a la Naturaleza, en un extravagante pensamiento de alucinado, como símbolo musical y raro: de forma triangular y con trece hileras de cuerdas, trece sartas de sonidos... Vióla hecha salterio, el instrumento que el lirismo poético hace siempre su eterna víctima... Y no salterio común, sino grande y representativo; encarnación de un vastísimo concierto de armonías. Y se sintió uña rasgadora que haría vibrar a los hilos, mudos y estériles, con una súplica. E imaginó que esa súplica le sería devuelta en una suprema amplitud musical...

En aquel conjuro, él monologó, pues, en lo íntimo:

—¿Por qué esta duda, siempre esta duda continua? Ya hace tiempo que estoy convencido de que los egoístas, los desagradecidos, son los que aparecerán siempre correspondiendo a un movimiento generoso del espíritu. ¡Pero yo no he debido alcanzar en mi duda a Sofía! Porque vi negativo el resultado de mis desvelos por los demás, he llegado a pensar, torpemente, que ella también, como los otros... ¡No! ¡Si debe de ser, si es seguro mi último baluarte!

Y luego, tras de un ensimismamiento sereno:

—Sí, está claro; la vida me señala una obra de remodelación. Hemos de reconstruir ambos el nido de felicidad. Ahora lo veo inconfundiblemente. Lo único, lo único que me queda en el mundo es Sofía. Pero, ¿por qué no he sabido verlo antes! Hubiera evitado toda la incompreensión... ¡Qué ciego está uno, a veces, en los momentos decisivos de la existencia!

Fue con gravedad secreta que Carlos se dijo a sí mismo aquellos conceptos de niño, llenos de esperanza, nobles, sanos. Y ello le impidió ver en qué grado participara la Naturaleza en la nueva manifestación de su “veleidad bondadosa, nunca fija y aquietada por ningún desastre”.

Absorto por el efecto, no fijó su investigación en la causa. No pensó que ella radicaba en un retiro de su alma, aún más vasto pero también más árido que aquel retiro donde creyó encontrar luz y razón definitivas.

Volvió pues, siempre **niño** en figura de hombre, al hogar amado. Un nudo en la garganta, un intento de lágrima incierta y temblorosa en sus ojos, tales las manifestaciones con que hacía notar su presencia el nuevo deseo, la nueva promesa. Una grande ansia de poseerla en el abrazo de reconciliación, de estrecharla tan “suya”, como él la había imaginado y esperado siempre, tal la absorbente idea que lo dominaba. Un nudo en la garganta, una lágrima y un ansia, lo llevaron, pues, cabe la sirena, con el intento de que su cantar lo llenase de paz y de amor: aunque fuera fascinándolo con sus ritmos extraños...

Un ansia, una lágrima y un nudo en la garganta. Tres suertes de optimismo y una sola suerte de inescarmentada fe.



Ya estaba en su casa. Y lo primero que hizo Carlos al penetrar en ella fue preguntar si Sofía había salido.

—Creo que no, señor. Esta mañana dijo la señora que Vd. estaría ausente todo el día— contestó una de las sirvientas, algo extrañada del aire particular de gozo e inquietud que se pintaba en su rostro.

—Sí, ya lo sé. Al principio yo también había pensado lo mismo. Pero contésteme: ¿está o no está ella?

—Hace ya un largo rato que dijo que no la molestaran, porque iba a retirarse a su salita particular. Eso es todo lo que sé, señor.

—Está bien, Delia. Puede retirarse. Pero no avise a la señora de mi llegada.

Así lo hizo obediente la criada. Y él quedó solo entonces; solo para gozar de la sorpresa que daría a su esposa.

La voluntad de ésta siempre lo había hallado respetuoso y consecuente para con ella. Ninguna vez interrumpió Carlos las meditaciones de Sofía mientras gozaba ella de su exótico capricho.

Pero en esta ocasión, él debía romper con la costumbre. El motivo era lo suficiente poderoso como para turbar el coloquio de arte y espíritu.

Sí. Le era imposible resistir al deseo de verla, de arrojarle en sus brazos, de transmitirle la promesa de una nueva e inquebrantable armonía.

El ser de Carlos formulaba más que inquietamente, más que nerviosamente, aquella otra pregunta en la que estaba ensuelto todo el grande signo interrogativo de su futuro. Ya no podía esperar más el momento en que la respuesta de ella le expresara la síntesis de esa “fuerza del querer” que a pesar de todo se mantenía intacta. Aún a pesar de las primeras desavenencias...

Él se iba acercando al “santuario de extravagancias” sin ojos para ver lo exterior. Su retina estaba fija sólo en la visión del estímulo que colmaría un

vacío muy hondo de su espíritu... fue así que, en su camino, tropezó con una de las puertas de su escritorio. El golpe le hizo notar, recién, que su revólver había quedado desde la noche anterior en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Esa mañana no lo quitara de allí, como de costumbre. Y un fútil incidente como ese, sólo dio medida de su apresuramiento. Porque Carlos, en lugar de ceder a su primer impulso y guardar el arma en un cajón de su escritorio, consideró que antes estaba **ella**.

Vanamente, en verdad, trató luego de dominarse. Cada paso que daba era una suma de desasosiego; y aunque trató de burlarse de sus mismos temores, nada consiguió... Hasta que, transcurridos aquellos instantes, los más interminable y atormentadores de su existencia, se vio llegado a la puerta del santuario.

Aún vaciló allí un instante. ¿Llamaría? ¿Haría uso de la llave que ella le había entregado? Lo más acertado era lo último. De esa manera, la sorpresa sería más grande.

Ya que iba a turbar la soledad de su mujer, lo haría de un modo completo. Ella no imaginaba ni remotamente que Carlos iría a invadir de modo tan cariñoso sus dominios en uno de sus instantes de elucubración.

Entonces, decidido, fue a colocar la llave en la cerradura; pero reparó en que no había necesidad de ello. La precaución había sido casi inútil para Sofía, tan segura estaba ella de que su marido habría de acatarla sin un reparo.

Abrió la puerta impetuosa, frenéticamente... ¡Por fin!

.....

¡Por fin! Por fin el cuadro, sangrante de verdad descarnada y tremenda, arrancó los velos de engaño.

Un diálogo de un minuto; no más...

–¡Pobre nena! ¡Pensar que tienes que vivir al lado de ese imbécil de Carlos!

–Vamos, no hables así. No te niego que pase a su lado horas de fatiga y aburrimiento, pero teniéndote a ti...

–¡Alma!

Le bastaba con eso. No necesitaba ver ni escuchar el epílogo de la repugnante escena de traición. Estaba de más recapacitar; el peligro que él husmeara vagamente, ya había hecho presa de todo. Y esos eran los momentos en que, con sonrisa de triunfo, Téllez, seguramente, agregaba un nombre más a su carnet de conquistador.

Tampoco necesitó del pensamiento el impulso subsiguiente. Así olvidó Carlos en su violencia, en el derrumbe brutal de su castillo de fe, la frase vehemente de un día: “compréndeme, perdóname”...

Su movimiento criminal fue espantosamente veloz, incontenible. Pero por una inexplicable contradicción, hubo juicio reposado en la irreflexividad de aquel impulso. A ella, la infame, la artista, la prostituta disfrazada; a ella, la cruel, la perversa, para la que Téllez había sido también un simple objeto de capricho; a ella, la incapaz de amar, la calculadora y vana; a ella sola había de dirigirse su venganza.

Así, sin una vacilación, sin un temblor, Carlos sacó el revólver, le apuntó a Sofía derechamente y apretó el gatillo del arma con una serenidad tan certera,

que el primer estampido la dejó exánime sobre el inverosímil diván de terciopelo azul.

Y entonces, en un prodigioso deslumbramiento, saltó por primera vez en su alma un mundificativo chorro de luz.

Final

NIÑO Carlos! ¡Niño Carlos!

Afuera, la tarde de oro lucía en todo su esplendor. La gloria de aquellos campos benditos por el bautizo de sol era incomparable... Y perezosamente tendido a la sombra de los sauces, Carlos, extraño a lo que no fuera la sugestión de aquella hora, no acudió al llamado.

Los caballos desfilaban en trote lento por cerca del arroyuelo. Su pelo brillante por la transpiración lucía bajo el fuste de la bota recia; jadeaban los brutos en largos resoplidos. De seguro, los peones se habían entretenido en hacerlos correr para darle gusto a aquella manía de las pencas y las apuestas.

—¡Niño Carlos! ¡Niño Carlos!

Distraído ahora por el gallardo desfile, oyó esta vez el “niño Carlos” pronunciado desde las casas, como un canturreo. Quien así llamaba era Doña Josefina, ama de llaves de confianza de los Pacheco, a cuya estancia había partido él un año después de la tragedia.

¡Cuánto de exacto y de insospechado había en aquel “niño Carlos” pronunciado por la fuerza de la costumbre más que por cualquier otra cosa! Un niño era él en verdad. Un niño a pesar de sus canas y del dolor que había envuelto toda su vida como una mirada de deseo envuelve la gloria de un cuerpo de mujer... Niño por lo débil de voluntad. Niño porque, sacudido su espíritu por la ráfaga tremenda, no pudo ser el campo de las grandes reacciones... Carlos era ahora sólo un abúlico, un alma errante, un “ex-hombre”.

Vanamente había querido él encontrar un tónico de voluntad en aquella vida, fuerte, sana, de dichoso aislamiento. No queriendo confesarse que la raíz de aquel cambio estaba dentro de sí mismo, esperaba y oraba sus súplicas herejes a la vida futura...

Cuando iba recorriendo con paso cansino aquellas dos cuadras que lo separaban del edificio, saltó de repente a su imaginación la noche de la Ópera. Sin que lo esperara, sin antecedente alguno fue que se hizo la idea en su cerebro. Carlos, en eso, procediera como todos los maridos traicionados; había cerrado su corazón con piedra y lodo al recuerdo de la pérdida. Y entonces, ¿por qué, en ese momento, aparésciale su visión voluptuosa, con aquel vestido negro tan ajustado al cuerpo y las aletillas de su nariz abiertas en conjuro de amor?

—¡Niño Carlos! ¡Niño Carlos!

Por tercera vez llamaba la voz nostálgica, de dulce timbre **colonial**, como una reminiscencia de tiempos pasados. Y él, recién entonces, se sacudió de su problema, cerró el cuello de su camisa y entró en la cocina a tiempo que respondía:

—¿Qué?

—¡Ah! temía que se hubiese quedado distraído, niño. Como no es la primera vez... Ya va cerrando la noche.

—No te inquietes por mí. ¿Me busca alguien?

—Sí. Ahí está Casiano, ese chacarero que vive cerca del ombú.

—¡Es cierto! Dijo que vendría a verme... ¿Lo hiciste pasar al escritorio?

—Sí, niño.

–¿Cuándo vas a dejar ese “niño” que ya me está cargando?– díjole él a tiempo que acariciaba a “Thunder”, el perro de mirada inteligente y despierta en medio de un pelo suave como la seda.

–Pues... no lo sé. Es algo que no abandonaré nunca. Me resultaría tan extraño como haber tratado a ese Casiano de “don”, desde que se casó... El “don” le queda demasiado grande.

–Tienes unas ocurrencias, mujer.

El sol se había puesto cuando salió al jardín para contemplar por última vez el crepúsculo incomparable. Ahora un baño de plata se iba insinuando en el esmalte verde de las praderas y la canción del silencio impregnaba de una poesía profunda todas las cosas...

–Patroncito... Patroncito...– sintió que susurraban a su lado con respeto.

Al volverse, en ese momento, Carlos contestó:

–¡Hola, Casiano! ¿Qué nuevas te traen por aquí?

–La situación, patroncito, esta situación perra... Dejuro, hay veces en que me arrepiento de no tener unos vintenes para hacer una vida más desaugada... ¡Pero somos tan felices con mi china!

¿Era posible que alguien hablase de felicidad delante suyo, así, como una blasfemia? Aquello, sin embargo, había sido dicho tan espontáneamente, que Carlos no protestó.

Y al sentir aquella historia de un hombre humilde y bueno, relatada en el lenguaje pintoresco del gaucho, sintió, por el contrario, que algo nuevo iba invadiendo su alma.

Desde los quince años, Casiano había tenido que luchar a brazo partido con la vida. Huérfano, y trabajando de peón en una estancia donde maltrataban y no le daban remuneración alguna, conoció todos los sinsabores y todas las amarguras antes de sentir que el milagro del amor abría nuevas rutas a su imaginación y descubría bellezas insospechadas en la vida. ¡Era tan cruel la existencia en que, como las luchas con las fieras y los pumas del monte, las luchas con las fieras humanas oscurecían el alma y la envolvían muchas veces en un vértigo rojo!

Pero desde que la conoció a ella, la cosa había variado de aspecto. No tardó en llegar el casorio, como remate a los amores rústicos y simples... La china pensaba igual que él. El sueño de ambos era verse perpetuados gloriosamente, en continuar la obra de fecundidad de aquellos campos feraces en los que la naturaleza entonaba sus himnos más grandiosos... Y a pesar de que algunas veces el dinero era escaso, ¡qué importaba! Para eso estaban sus brazos fuertes y su temple de carácter, el “aex triplex” de Horacio. Ella no era una mujercita frívola... Y así, en una dichosa simplicidad, transcurría su vida, en la que si había amarguras, también había besos y caricias para disiparlas. ¡Nunca él se daría por vencido! Desde niño había aprendido el perfecto equilibrio entre la fortaleza del espíritu y la del cuerpo... El tercer hijo estaba por llegar. Y Casiano esperaba la nascencia con una dulce inquietud.

–Bueno, patroncito, el caso es que yo quiero que me empreste uno de los “charrets” de la estancia. Voy a dir p’al pueblo, a ver si el médico quiere venir a atender a mi china.

–Cómo no, Casiano... Puedes ensillar y llevártelo. Deseo que la cosa se desarrolle con la mayor felicidad...– y Carlos, al decirle así y acompañar al mozo hasta el portón de la quinta, le estrechó la mano de un modo tan significativo que el otro pudo adivinar las lágrimas que corrían por su rostro.

–Adiós, patroncito. Que tenga buena salud... Y muchas gracias.

Cuando el gaucho murmuraba eso, ya él se volvía por el jardín. Oprimido su espíritu por una dulce emoción, pensaba en que el “santuario de extravagancias” era un recuerdo muy, pero muy lejano... Y al mismo tiempo, iba reconociendo con dolor que ya no podría recomenzar una nueva existencia.

Entonces, al entrar de nuevo en el escritorio, cerró las puertas. Y con un inmenso dolor de hombre, lloró su debilidad. Lloró todos los años vacíos que le esperaban de vida, ahora que había vislumbrado algo más grande... Lloró toda la impotencia de su espíritu, con un sino de maldita desesperación.